

BOLSILIBROS BRUGUERA

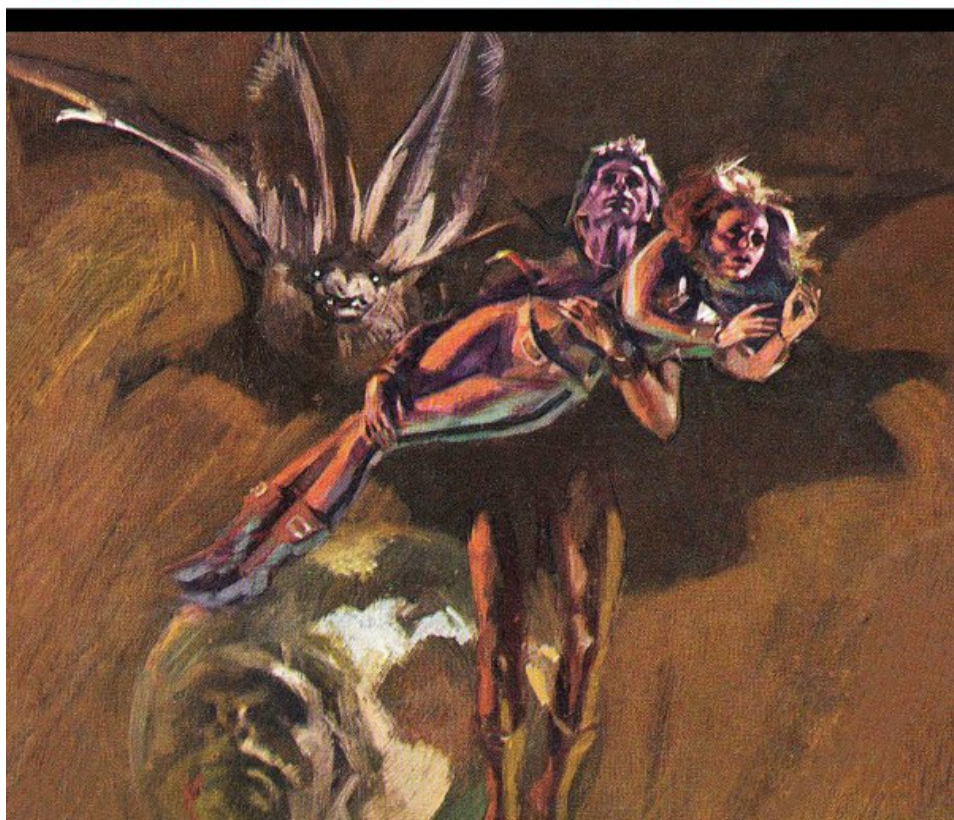
la conquista del

ESPACIO

VAMPYR

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



VAMPYR

Título Original: *Vampyr*

©1973, Garland, Curtis

©1973, Editorial Bruguera, S.A.

Colección: La Conquista Del Espacio 142

ISBN: 9788402025258

Generado con: QualityEbook v0.75

Una casa no puede hacerse habitable en un día; y, después de todo, qué pocos son los días necesarios para hacer un siglo... Yo no busco ni la alegría ni el júbilo, ni la brillante voluptuosidad de muchos rayos de sol y de aguas centelleantes, que entusiasman tanto a los jóvenes alegres... Amo la sombra y la oscuridad y prefiero, cuando puedo, estar a solas con mis pensamientos.

Drácula, capítulo II
Abraham Stoker, 1897

Los mitos admiten siempre ciertas libertades. Desde los olímpicos dioses cantados por Homero, hasta los más actuales personajes de la fantasía o del simbolismo humano, todos pueden dar origen a una nueva forma de ver las cosas... e incluso de verles a ellos.

No hablemos ya de la parodia, siempre fácil, casi siempre tosca y ramplona, porque eso es ya algo más que una libertad o una pirueta imaginativa. El caso es muy otro. Recordemos, por ejemplo, la obra teatral de Jean Anhouil, *La Alondra*. Es la realidad y la leyenda sobre un personaje tan concreto como Juana de Arco, la Doncella de Orleáns, Pues bien, Anhouil, en su drama, se permite con pasmosa facilidad, ingenio y poesía, liberar a la santa de la muerte en la hoguera, en una auténtica pirueta final, que riza el rizo de la imaginación de un autor, sin perder nunca el respeto al personaje.

Sólo he citado un ejemplo que, desde luego, nada tiene que ver con el artificio literario que aquí me he permitido, a costa de un personaje diametralmente opuesto, puro ente literario, creación de Abraham Stoker, harto conocido por todos los aficionados al terror y a la cinematografía, incluso al margen de su original literario. Estoy hablando del vampiro por excelencia, del siniestro personaje surgido de la tumba, y conocido como el Conde Drácula, aunque sus versiones posteriores, numerosísimas, incluso le hayan cambiado repetidas veces de nombre y apariencia, desde *Nosferatu* hasta hoy.

Drácula, en el fondo, es un gran mito. El mito del terror, de lo sobrenatural, de lo que imaginamos más allá de la muerte y del sepulcro. Drácula, por naturaleza, inevitablemente, provoca miedo o inquietud, escalofrío o antipatía.

Sin embargo, imaginemos una pirueta literaria, un artificio, una pirotecnia imaginativa que altere las cosas, rompiendo un poco las «reglas del juego», para crear otras, tan válidas como las anteriores, si es que el lector las acepta o el autor sabe exponerlas.

Imaginemos, entonces, que el Vampiro...

Pero no. Es mejor seguir leyendo. Lo que imaginamos, está aquí, en la historia.

En una historia sobre un personaje nuevo y sorprendente, extraño e inquietante llamado... *Vampyr*.

Y, por favor, acepten mis «reglas del juego».

Gracias, lector.

El Autor

Primer Libro

LA SOMBRA DE LAS ALAS

Capítulo



—¿Morir? No, no me gusta la idea. ¿A quién le gustaría morir?

—No te he preguntado si te gusta la idea. Es que, realmente... vas a morir.

—¿Yo? —rio irónicamente el joven Barón—. ¡Es ridículo! No pienso morir en absoluto. Mi salud es excelente, mi estado físico correcto, mi forma deportiva no tiene un solo fallo... y además acabo de conocer el triunfo en dos terrenos, Colfax. En esas circunstancias, ¿quién piensa en morir?

—Tampoco se trata de pensarlo. Sólo *de hacerlo*. Morir, en suma.

—Ya conoces mi sentido del humor —enarcó las cejas el Barón con una sonrisa—. Pero de eso a seguir bromeando sobre la muerte..., la verdad, no me siento capaz de ello. Dejemos el tema y hablemos de otra cosa. De deportes, por ejemplo. De vuelos espaciales, de cosas así... ¿Sabes cuál es el último chiste que oí contar en la Base Moon 7?

—No me importa ese chiste. Ni ningún chiste —aseguró glacialmente Colfax—. Sólo me interesa tu muerte.

—¿Otra vez? —el joven empezó a sentirse irritado—. Es la última vez que te lo advierto. No me gusta la burla sobre ese tema, Colfax.

—No lo sabes bien. Es tu *última* advertencia, lo sé. En realidad, es lo último que dices y haces.

—¿Qué diablos quieres decir con eso? —las cejas del Barón se fruncieron, uniéndose en el hondo surco de su ceño.

—Quiero decir sólo esto, amigo mío —suspiró Colfax—. Adiós... para siempre. Buen viaje a los infiernos. O al cielo, si lo prefieres... Después de todo, el joven y brillante Barón de las Alas Celestes, siempre prefirió el cielo... ¡Esta es tu muerte, Barón Drako!

Y ante la sorpresa del joven Drako, Barón de las Alas Celestes, Colfax

le mató.

* * *

—¿Le mató?

—Sí, señor. Misión cumplida. Drako está muerto.

—Bien... —las manos gordas, anchas, calmosas, extendieron hacia Hud Colfax el cheque electrónico, perforado y frío, sobre el plástico sin nombres ni cifras legibles—. Es tuyo. Te lo has ganado. Pero imagino que podrás probar, previamente, lo que dices.

—¿Probarlo? —rio Colfax—. Cielos, nada más sencillo...

Fue a un receptor de estereovisión y lo conectó. La imagen policromada, en perfecto relieve, mostró en toda su nitidez y profundidad la escena que retransmitía, con fondo de música religiosa.

Un entierro. Una ceremonia fúnebre, a la usanza actual.

Era una ceremonia importante, sin duda. Mucha gente en torno al féretro que estaba siendo introducido en una nave espacial con los distintivos negros de la Muerte. Cánticos litúrgicos en honor del difunto, y todo lo demás. Una nutrida masa de espectadores. Y personalidades oficiales, banderas a media asta...

La voz del locutor llegó por el receptor de estereo-visión:

—...Así, en estos momentos, se procede a la más solemne parte de la fúnebre ceremonia. Ya bendecido el féretro espacial, será enviado, como antiguamente se hacía con los marinos muertos en su elemento, desde la cubierta de su navío. A fin de cuentas, Drako Vultan, Barón de las Alas Celestes de la Organización Mundial Cosmonáutica, fue un navegante de las estrellas. En ellas ganó su gloria y sus entorchados, siendo tan joven y tan valeroso, y a las estrellas vuelve su forma física y mortal, mientras esperamos que su espíritu volará aún más alto que su propio cuerpo sin vida... Vilmente asesinado por personas desconocidas, Drako Vultan emprende su último periplo cósmico, del que no se regresa jamás... Sólo podemos decir, junto a la voz misma del reverendo y del coronel Haxman, camarada y superior suyo, que Dios disponga de...

Ahora fue el otro hombre quien cerró la conexión del televisor con sus mandos a distancia, sin moverse de la mesa desde donde escuchaba la voz del presentador y contemplaba la imagen de la brillante ceremonia funeraria por un héroe del espacio.

—Bien —dijo secamente, mientras movía su enorme, fofa y redonda humanidad en el asiento, angosto para su volumen, pese a la especial

anchura con que fuera confeccionado—. Ya veo que es todo cierto. Te felicito, Colfax. Recoge tu tarjeta-talón. Te bastará introducirla en un Banco Electrónico, y te abonarán en tu cuenta el millón prometido. Sabes que me gusta ser generoso con quienes me sirven bien... Hiciste tu trabajo a la perfección. Justo es que lo cobres ahora. Adiós, Colfax. No vuelvas por aquí si no te llamo. Durante un tiempo será mejor no cambiar impresiones entre nosotros, ni establecer contacto alguno. Esa maldita Policía Internacional investigará a fondo la muerte violenta de Drako Vultan... No conviene que nos relacionen con nada de eso a ninguno de los dos.

—Conforme, señor. No volveré. Y gracias —guardó el talón plástico, perforado, que valía un millón. Sonrió, desde la puerta de la estancia, que zumbó, abriéndose mecánicamente, al accionar el hombre gordinflón y seboso los controles a distancia—. Hasta otra vez.

—Hasta otra, Colfax —suspiró el hombre gordo, cerrando de nuevo al salir de allí Colfax.

Apenas hubo hecho eso, se inclinó sobre la mesa. Sus dedos cortos, gordezuelos, como almohadillas de carne blanda, pulsaron un botón. Habló por un micrófono, secamente:

—Sigan a Colfax cuando salga del edificio. No lo pierdan de vista. Si bebe, si habla demasiado, si comete alguna imprudencia... actúen. Ya saben cómo, ¿verdad?

—Sí, señor —afirmó la voz fría, por un pequeño altavoz—. Lo sabemos. Colfax no hablará, si llega ese caso...

—Eso espero —cerró de nuevo, resoplando. Se echó atrás en el asiento, y rio, contemplando un ejemplar del rotativo de última hora, con las noticias y fotografías estereoscópicas de actualidad, impresas en la página plástica que brotaba del proveedor domiciliario de prensa diaria.

Los titulares le hicieron soltar una larga y aguda carcajada de complacencia:

«Drako Vultan, Barón de las Alas Celestes, asesinado.

»Se busca a los culpables del crimen. Un héroe mundial, sacrificado cobarde y misteriosamente.

»En estos momentos se procede a su funeral, con los honores de rigor en un astronauta de su categoría.»

Sí. Parecían buenas noticias para el hombre gordo que había pagado un millón a Colfax. Un millón por una vida.

—Una vida... Una vida perdida para siempre. Cruel, cobarde, estúpidamente...

Leilah dejó resbalar dos lágrimas por sus mejillas rosadas. Fue su única muestra de debilidad. La primera y la última, tras la muerte brutal, súbita, insospechada, de Drako Vultan, su prometido.

Miró a los cielos. Una estela de luz tenue se perdió en la inmensidad negra de la noche como una estrella fugaz. Pero no era una estrella fugaz. Era él, Drako, rumbo a lo eterno. A las estrellas que fueron su vida y su destino. A la inmensidad espacial que recorrió como astronauta primero. Ahora como simple cadáver, sin rumbo ni meta final. Condenado a vagar una eternidad por el vacío, dentro de su cápsula funeraria en eterna hibernación...

Lord Grath respiró hondo, allá en el fondo de la estancia. Se agitó en su asiento, exhalando luego un profundo suspiro de cansancio.

—Resígnate, hija. Todo eso terminó. Drako fue un hermoso sueño que se disipa. Quedó atrás. Eres joven, hermosa, con una fortuna personal considerable, con títulos y privilegios envidiables. Encontrarás jóvenes que se enamoren de ti, que te cortejen... Encontrarás el amor...

—¡El amor! ¿Por qué, papá? —se volvió a él, casi exaltada—. ¿Por mi juventud, mi belleza, mi fortuna, o mis títulos y propiedades?

—No digas esas cosas, cariño. Eres mi hija. Mi única hija. Sabes lo que vales. Drako se volvió loco por ti, sólo a causa de tu dulzura, tu encanto, tu femineidad... Habrá otro hombre loco por ti, seguro. Muchos hombres, diría yo. Lo difícil será elegir.

—Ninguno será él. Ninguno podrá ser ya como Drako.

—Oí eso muchas veces en mi vida —rio Lord Grath—. Son sensiblerías, hija. Todo hombre y toda mujer tienen derecho siempre a amar de nuevo, ocurra lo que ocurra. Los que murieron, están muertos. Los que se quedan, viven, Y desean vivir. Desean amar.

—Yo no deseo vivir —rechazó ella, glacial—. No deseo amar. Sólo deseo morir. Y pensar en Drako cuando muera...

—¡Drako, Drako, Drako! —se exaltó ahora Lord Grath, furioso—. ¡Siempre Drako! ¿Quién es él ahora? ¡Sólo un cadáver flotando en el espacio, rumbo al infinito! ¡Métete eso de una vez por todas en tu linda cabecita, Leilah, hija mía! Tú estás viva y bien viva. Tú debes aspirar a hombres que te amen, que deseen hacerte su esposa, que quieran convertir a la hija única y bellísima de Lord Grath, en la heredera de

otro nombre ilustre y de otra prestigiosa estirpe, rica en blasones y dinero.

—Blasones, dinero, estirpes, títulos, nombres ilustres... —Leilah miró, exasperada, a su orondo y rubicundo padre—. Me das pena, papá. Mucha pena. Mi corazón sólo pertenecerá ya a un hombre; a Drako, vivo o muerto...

Y salió altiva, arrogantemente, de la habitación. La puerta magnética se cerró con suavidad a su espalda. Los pasos livianos, sobre el suelo de vidrio plástico, se perdieron en la distancia. Leilah se alejaba, a solas con su dolor y con su amor incomprendido, que parecía ir más allá de la vida misma.

Lord Grath, refunfuñando, se encogió más aún en su asiento. Parecía realmente malhumorado y nervioso. La repentina presencia de Lester Zine, su secretario y hombre de confianza, surgiendo de la penumbra de la sala, no pareció servirle de lenitivo alguno. Antes al contrario, aún le enfureció más, hasta el punto de obligarle a gritar:

—Y tú, enano maldito, ¿qué diablos haces ahí?

Realmente, su insulto no era tal, aunque la intención al pronunciarlo sí fuera insultante. Lester Zine era un enano monstruoso, de corto cuerpo, frágiles extremidades y enorme cabeza de piel traslúcida, que casi permitía adivinar las palpitaciones de su masa encefálica, o poco menos. El rostro era puntiagudo, pálido y maligno, como el de un bufón medieval. Su modo de moverse y accionar era lento, sigiloso, casi huidizo. Los ojos redondos, glaucos, reflejan inteligencia, astucia... y mala fe.

—Solamente venía a verle, señor —dijo, servil, sin parecer preocuparse por el insulto—. Siempre a disposición suya, Lord Grath. Tal vez en esta ocasión me necesite...

—¿Necesitarte? ¿A ti? ¿Para qué, Zine? No creo que puedas suplir a Drako Vultan en el corazón sensible de mi hija. De modo que tus servicios me resultan en este momento completamente inútiles...

—No hablaba en ese sentido, Lord Grath. Sé lo poco que valgo, lo miserable y monstruoso que llego a ser —confesó con humildad abyecta el enano Zine—. Solamente trato de servir a mis señores lealmente. Y siempre hay un medio de hacerlo, creo yo...

—¿Siempre? No, no siempre —masculló el noble con una risa sardónica entre sus labios contraídos—. Nada ni nadie puede devolver la vida a un hombre muerto, cuyo cadáver congelado se envió a las estrellas... Un argonauta de los cielos fue a su océano de vacío y de

astros, Zine. Nadie puede hacerle volver jamás, por mucho que sea su poder.

—¿Nadie? —dudó Lester Zine, sacudiendo su enorme cabezota—. No hable así, señor. El Bien o el Mal pueden hacer cosas increíbles a veces. Todo depende de quien lo haga... para que un prodigio sobrenatural resulte un milagro... o una aberración.

—¿A qué te refieres, Zine, cuando hablas así? —arrugó el ceño Lord Grath.

—Oh, pensaba, señor... La señorita Grath es joven, llena de belleza y de dotes... Encontrará a otros hombres que la hagan olvidar a Drako Vultan. Hombres como Sasdy Goldok, por ejemplo...

—Goldok... —repitió el noble inglés—. No sé, Zine. Es joven, arrogante, rico, seductor para las mujeres. Pero para mi hija, sólo existe un hombre: Drako.

—Drako está muerto. Amar a los muertos es una aberración. Es necrofilia, señor.

—Ya lo sé. Trata de convencerla a ella de eso, Zine. Hazla amar a otro hombre, sea Sasdy Goldok o cualquier otro rico pretendiente... y te haré rico.

Los ojos astutos, redondos y blancuzcos del enano, se entornaron, malgnos. Su voz fue apenas un susurro.

—No dirá eso en serio, señor...

—Claro que lo digo. Tienes un millón en moneda internacional, si lo logras.

—¡Un millón! —se agitó el enano, estremecido por la codicia, por la ambición—. Por esa suma, un hombre hace lo que sea.

—¿Incluso hacer olvidar al hombre amado a una mujer y hacerle sentir algo por otro hombre?

—Incluso eso, señor. Si me garantiza tal cosa, haré lo que usted dice.

—¿En qué plazo, Zine? Lo que no deseo es ver así a mi hija...

—Deme un corto plazo, señor. Bastará.

—¿Cuánto, aproximadamente?

—Poco, ya dije. Pongamos...

—¿Un año?

—Un mes —replicó Zine, incisivo.

—¿Un mes? —dilató sus ojos el noble. Se irguió, clavando la mirada en él, incrédulo—. Bromeas, ¿no?

—Nunca dije nada más en serio. Bastará con un mes.

—¿Y... al cabo de ese mes, mi hija Leilah...?

—Se casará, rendidamente enamorada de su novio. De Sasdy Goldok, por ejemplo...

—Si ella corre algún riesgo en ese plan tuyo, te haré decapitar o te cortaré yo mismo tu fea y asquerosa cabezota, enano maldito —refunfuñó Lord Grath.

—No haré tal —brillaron, malévolos y rencorosos, los ojos del ser deforme—. Treinta días... y su hija será una feliz y radiante señora Goldok. Firme su compromiso, señor, y lo demás es cosa mía...

—Hablaste antes de algo... De un prodigio sobrenatural que podía ser milagro o aberración según quien lo realizara y con qué objeto. ¿Qué representas tú? ¿El Bien o el Mal?

—Yo no hablaba de ese aspecto de la cuestión, señor, sino de... del regreso de los muertos.

—¿De... qué?

—El retorno de los que murieron, a una vida diferente. ¿Nunca oyó hablar de ello?

—No, nunca. Los muertos no resucitan jamás.

—Yo sé de alguien que lo intentó una vez, señor... —rio entre dientes el enano.

—¿Quién?

—Está lejos de aquí. Muy lejos. Fue condenado por prácticas ilegales de la Medicina y de otras artes menos confesables que las de Hipócrates...

—¿A quién te refieres?

—A un antiguo patrón mío. Era centroeuropeo, eslavo por más señas. Nacido en los Cárpatos. El profesor Bela Gyor...

—¿Qué tiene que ver él en todo esto?

—Fue desterrado. En solitario, a un asteroide de condenados. Allí está aún, solo y olvidado de todos, hasta morir. Acaso murió ya, no sé. El intentó dar vida a los muertos.

—Ya. Un nuevo Lázaro, ¿no?

—No, Lord Grath. Algo más extraño y fantástico que todo eso.

—¿Más aún?

—Sí. El profesor Gyor intentó... En fin, es algo que escapa a todo razonamiento sereno y científico, señor. Pero él lo intentó.

—¿Qué fue ello?

—Una mutación.

—¿Mutación? ¿Qué clase de mutación, Zine?

Lester Zine se lo dijo. Las palabras del enano lograron que Lord Grath se echara atrás, con expresión de perplejidad y asombro. También de horror.

—Pero... ¡Pero eso es imposible! —jadeó.

—Él decía que no —suspiró Zine—. Las autoridades pensaron que constituía un peligro para la sociedad. Y le desterraron para toda su vida, lejos del planeta Tierra.

—Esperemos que ese demente profesor no encuentre a Drako jamás —rio Lord Grath.

—No es nada probable, señor. El espacio es muy amplio... Y además, aunque llegase a encontrarlo, no creo que tuviera éxito con él...

—¿Por qué no iba a tenerlo, si realmente su teoría era buena?

—Yo no dije que fuese buena. Dije que lo intentó... y fue castigado por ello, al tiempo que el sujeto elegido, para la mutación era ejecutado por las autoridades, pese a las protestas del profesor.

—Pero eso quiere decir que, realmente... lo logró.

—Pues... sí —el enano se encogió de hombros, indiferente—. Lo logró en su etapa inicial, pero nunca sabremos adonde hubiera llegado realmente esa etapa, y dónde fallaría quizá el experimento. Por otro lado...

—¿Qué, Zine? —parecía el noble personaje profundamente interesado en la historia de su esbirro.

—Por otro lado, el profesor Gyor siempre dijo que esa mutación sólo era posible en seres atormentados, que hubieran muerto violentamente... y en los que anidase el Mal de alguna forma. Y ése, en realidad, no parece ser el caso de Drako Vultan, hombre conocido por su lealtad, honradez y sentido del honor, Lord Grath.

—Es verdad —el noble inglés se frotó el mentón, pensativo—. Además, estamos hablando de hipotéticas cuestiones, casi imposibles de producirse en la realidad. Dejemos el cuerpo de Drako Vultan en su viaje hacia una eternidad de estrellas... y al chiflado profesor Bela Gyor en su destierro cósmico, por prácticas demoníacas de la Medicina... Eso será lo mejor, mi fiel Zine. Y recuerda; lo que hay que pensar es algo muy diferente. Hay que pensar en Sasdy Goldok... y en mi hija Leilah. Sólo en ellos.

—Ellos... y un millón —rio malignamente Lester Zine, frotándose las manos—. Es difícil olvidarlo, señor...

Capítulo

II

El hombre solitario alzó sus ojos al cielo negro, tachonado de estrellas.

—Alguna estrella fugaz —se dijo, sacudiendo la cabeza con indiferencia.

Y continuó su paseo en soledad.

Estaba habituado a ella. Soledad total, absoluta. La soledad en los cielos y en el mundo pequeño y agónico en que vivía.

El paisaje era áspero y reseco. Los arbustos parecían brazos descarnados elevándose a las lejanas estrellas. No existía vegetación. Ni otra cosa que vulgares insectos y aves pacíficas. Nadie más. Nada más. El y su soledad.

De repente, elevó la cabeza otra vez. Arrugó el ceño.

—Otra vez las estrellas fugaces... —murmuró, sorprendido.

La estela de luz se alejó en el negro cielo. O pareció alejarse, para emerger de nuevo. Esta vez era más luminosa, más intensa. Más próxima.

La atmósfera del asteroide era liviana pero respirable. Había escasas nubes. Al menos, en aquella época. No siempre era así. De vez en cuando llovía. Agua caliente, que en ocasiones hervía. Uno debía protegerse de cosas así. Pero además de su vivienda, tenía cuevas. Muchas cuevas. Allí se encerraban las aves cuando caía la extraña lluvia en ebullición.

—Maldito mundo... —jadeó, dando una patada a un pedrusco color oro viejo, que posiblemente fuese oro, después de todo. Pero el oro, allí, no servía para gran cosa, a fin de cuentas—. Es un infierno perdido en el cielo...

Otra vez la estela luminosa atrajo su atención. Más próxima todavía. Más intensa su claridad. Arrugó el ceño, aguzando su cansada mirada

cuanto le fue posible. Las lentillas de aumento le ayudaron a distinguir algo en la noche eterna de aquel asteroide vacío.

—No es una estrella —refunfuñó—. Es un meteorito. Cae en espiral...

Se apresuró a caminar hacia las cavernas, para refugiarse en ellas. Una bandada de aves había descubierto ya el extraño cuerpo que caía. Con el mismo instinto de conservación que él, las aves, oscuras y de grandes alas, emprendieron el vuelo, agitando sus alas ruidosamente, hacia una de las cuevas existentes.

Eran aves extrañamente parecidas a los murciélagos terrestres. Pero bastante mayores que éstos.

El hombre solitario llegó ante una negra boca de caverna. Dentro, el aleteo era furioso. Millares de aves se agitaban dentro. Sus alas eran negras, como sus cuerpos. Tenían una diferencia con el murciélago terrestre, bastante notable. Una diferencia que a él, perfecto conocedor de sus únicos compañeros de exilio, no podía sorprenderle ya.

Aquellos pájaros idénticos a los murciélagos... tenían ojos.

Unos ojos luminiscentes, circulares, obsesivos casi. Flotaban en el interior de la cueva, como si millares de gatos estuvieran acechando, con sus pupilas fosforescentes de felinos fijas en el cuerpo que caía allá afuera.

—¡No es tampoco un meteorito! —se asombró el solitario habitante del cuerpo celeste—. Es... ¡Es una nave!

Se estremeció, incrédulo. Abandonó la protección de la cueva, para contemplar aquel cuerpo insólito que descendía, rozando incandescente la atmósfera ligera del asteroide.

Una nave...

Hacía lustros enteros que no veía una nave. Ni un ser viviente, excepto él mismo, los insectos y las negras aves.

Resultaba sorprendente que una nave fuese a posarse allí. A menos que estuviese averiada...

La forma de caer, con incandescencia en su fuselaje, parecía dar a entender tal cosa. El astronauta que contuviera, posiblemente estaría en peligro.

—Debería tenerme sin cuidado —masculló—. El pertenece a una sociedad que me apartó de su lado como si fuese un monstruo... Pero no puedo hacerlo. No puedo. Debo ayudar a ese hombre u hombres... si es que está en mis manos hacerlo...

La nave caía ya, en vertical. Si seguía descendiendo a esa velocidad,

se haría pedazos sobre la superficie rocosa del asteroide. Pero, evidentemente, los sistemas automáticos de a bordo funcionaron.

Cuando la amenaza de impacto era mayor, actuaron los propulsores de equilibrio. La nave frenó, se estabilizó, y empezó a descender suavemente en vertical.

Por último, se detuvo en el desierto total que era aquel mundo de pesadilla. Posado sobre su base, parecía un metálico proyectil apuntando al cénit. Lentamente se fue enfriando su fuselaje, que cobró su original color plata.

El solitario habitante del asteroide avanzó despacio, cauto, hacia la nave errante que alguna casualidad increíble llevara a aquel mundo sin gentes.

Cuando estuvo cerca de la nave, suspiró entre dientes, esperanzado.

—Al menos, aunque a la fuerza, tendré por unos días unos compañeros, alguien con quien hablar... Ese astronauta o astronautas... quizá impidan que me vuelva loco...

Estaba ya muy próximo. Contempló la nave, todavía silenciosa, sin dar señales de vida interior alguna. De repente, sus ojos se fijaron en algo.

Una matrícula, un signo, una bandera... y una ancha franja negra.

—Luto... —susurró, estremeciéndose—. ¡Oh, no, no puede ser...!

Corrió hacia la nave. Se detuvo ante ella, la golpeó rabiosamente con los puños. Sí podía ser. Y lo sabía. Ahora estaba seguro. Aquel distintivo, aquella franja negra, tenían un significado concreto, que él no ignoraba...

—¡Una nave fúnebre! —gimió, exasperado—. ¡Un ataúd espacial! ¡La primera y única vez que viene una nave a este maldito asteroide... sólo trae UN CADAVER!

Y entonces sí pensó el infortunado profesor Bela Gyor que estaba a punto de enloquecer en aquel silencio de muerte, en aquella soledad inmutable...

Bandadas de murciélagos de ojos fosforescentes revolotearon ahora fuera de las cuevas, como si su instinto les dijese que no había nadie de quien temer nada.

* * *

El profesor Bela Gyor, de la Academia de Ciencias Biológicas de Centroeuropa, establecida en Viena en el año 2007, examinó lentamente

el interior de la nave.

Leyó los datos e historial del difunto, en una placa adherida dentro del féretro espacial que contenía aquel cuerpo en hibernación.

*«Drako Vultan, astronauta.
Asesinado por personas desconocidas.»*

Esa frase es la que atrajo más su atención. Pese a su estado letal, en suspensión gélida dentro del tubo de fibra plástica, era fácil advertir en su pecho el dardo eléctrico clavado.

Un arma silenciosa y mortífera le había causado una muerte inmediata, por parálisis total de sus nervios y de su cerebro. Los dardos eléctricos, de una tensión paralizante especial, eran el arma más eficaz para los asesinos del planeta Tierra. Bela Gyor había oído hablar de sus efectos, pero nunca vio un cadáver con uno de aquellos dardos. Apenas si producían otra herida que el orificio de penetración del dardo, donde éste quedaba clavado. Al astronauta, ni siquiera le habían arrancado ese pequeño dardo mortífero, cuando le dispusieron para el viaje fúnebre a los espacios.

—Un hombre joven, fuerte, arrogante... al que cobardemente le quitó alguien la vida —musitó el profesor, intruso en la nave funeraria—. ¿Quién sería el canalla y por qué?

Eran preguntas sin posible respuesta. Sólo el muerto las sabía quizá. Y él no podía hablar...

Le contempló, pensativo. Observó su título: Barón de las Alas Celestes. Era un título para grandes héroes del espacio. De poco le servía ya.

Sorprendido, leyó algo en su historial:

«Hijo de madre inglesa y padre eslavo.»

—Padre eslavo... —recitó Bela Gyor entre dientes—. Vultan... Hijo de los Vultan de Transilvania... Curioso... Muy curioso...

Estudió al joven Drako, dormido en su fúnebre envoltura plástica. Sacudió la cabeza, indeciso.

—No, no resultaría... —musitó—. Pese a todo, no resultaría... No tengo instrumental adecuado... No es un sujeto ideal para... para la mutación...

Respiró hondo. Se echó atrás, como ahuyentando algo de su mente. Pero el cadáver del joven astronauta le atraía, como algo extraño, magnético, obsesivo. Volvió a contemplar su rostro viril, hermoso y

fuerte, a través del vidrio de la cámara de hibernación.

—No puedo volver a lanzarlo al espacio... —murmuró—. No sé manejar una nave espacial... Por otro lado..., ¿qué se perdería si... si intentase...?

Afuera, en el visor frontal de la nave, sobre el vidrio, se pegaban, curiosas, las negras aves con ojos redondo y luminosos. Bela Gyor las contempló, pensativo, agitado por mil encontradas emociones.

Finalmente, se resolvió. Miró al difunto Drako Vultar

—Lo siento, muchacho —dijo—. No sé si será para bien o para mal..., pero voy a hacerlo. Sí, voy a hacerlo. Si todo resultara..., quizá tu asesino no iba a pasarlo demasiado bien, allá en la Tierra...

Y la idea le hizo sonreír, incluso, pese a su gesto preocupado.

* * *

Examinó el instrumental.

No era muy perfecto. Pero era todo lo que podía hacerse con aparatos de la nave, fundiendo metales y arreglando mecanismos y circuitos eléctricos de la propia nave, así como utilizando el computador de a bordo.

Aplicando las baterías a la carga energética de la nave, lograba una potente luz dentro de su vivienda solitaria y aislada, en el silencio eterno del asteroide de desterrado.

Y debajo de esa luz reposaba la envoltura plástica con el cuerpo rígido, como en sueños, de Drako Vultar, el astronauta asesinado.

Al fondo, en una jaula de vidrio, bailoteaban varios murciélagos del asteroide, emitiendo agudos chillidos y haciendo agitar sus negras alas, oscuras como la noche misma.

—Si ha de ser para bien, que el Señor me ayude —masculló Bela Gyor, entre dientes—. Aunque a mis semejantes de la Tierra, más les parecería esto obra directamente inspirada por el demonio...

Y avanzó, decidido, hacia el cuerpo de Drako.

Iba a iniciar su más extraño y delirante experimento jamás soñado. Bela Gyor, acusado en la Tierra de prácticas diabólicas de Medicina y Cirugía, y de ser un peligro para la sociedad, iba a afrontar una nueva variante, insospechada y fantástica, incluso a juicio suyo, de aquella teoría suya sobre una mutación humana, posible en un ser que hubiera perdido la vida violentamente...

Sólo que esta vez, en la soledad terrible del asteroide donde vivía

desterrado, nadie iba a poder evitar que el inaudito experimento fuese realidad.

Como él decía, para bien o para mal...

* * *

La noche eterna del asteroide sin soles, en el negro vacío de la noche, parecía más desolada y yerma que nunca.

El silencio también daba la impresión de ser más profundo. Más impresionante y extraño que nunca...

Bela Gyor, profesor en Biología y Cirugía Neurológica de la Academia de Viena, se enjugó el sudor que humedecía su frente. Luego, respiró con fuerza.

Paseó frente a la casa iluminada. Dentro, silencio absoluto. Las aves encerradas ya no gritaban. Las del exterior tampoco se aproximaban ahora. Como si hubiera «algo» inquietante y fantasmal en la vivienda de Gyor. Como si, por vez primera, alguna cosa hiciera retroceder, asustadas, a las aves.

—¿Resultará? —musitó el científico, angustiado—. ¿Será posible que... que todo salga bien? Es como rozar lo imposible con la punta misma de los dedos. No puede ser tan fácil, pero, ¿y si realmente lo fuese? Mi teoría podría ser cierta. Y entonces...

Se estremeció. El mismo se preguntaba si tenía derecho a tal cosa. Era penetrar en algo prohibido hasta entonces. Era desafiar las leyes naturales. Era ir más allá. Mucho más allá, hacia lo Desconocido, hacia las sombras.

Incluso más lejos que la propia Ciencia. Adonde ésta se hace superstición, miedo; donde lo sobrenatural parece tener su dominio siniestro e impenetrable...

Y, sin embargo, él se había adentrado en esa zona prohibida, en el imperio mismo de lo irreal, de lo imposible. De un ámbito donde superstición y rigor científicos podían darse la mano, aliados por la teoría fantástica de un hombre: Bela Gyor.

La respuesta, ahora, estaba allí dentro. En aquella casa. En aquel edificio metálico, pequeño, construido para él por las autoridades de la Tierra, para que pudiese vivir dignamente en su destierro a perpetuidad, sin posibilidad alguna de retorno, sin una nave para hacerlo, sin nadie para ayudarle. Como abandonado en una isla. Pero una isla cuyo océano en torno no estaba hecho de agua, sino de vacío,

de astros, de distancias inconmensurables...

El silencio continuaba en la iluminada vivienda. No había señal de vida. No había respuesta.

—No, no puede haberla —musitó, entre dientes—. Ha sido soñar, ir demasiado lejos... Yo no podía conseguirlo. He estudiado tan a fondo el fenómeno ancestral, la leyenda, sus causas, sus orígenes... Y luego la naturaleza humana, la condición del ser humano cuando muere, hasta que esa muerte es real, *total*, absoluta... *Tenía* que haber resultado. Y sin embargo...

Sacudió la cabeza, tristemente. Esperó aún unos minutos. Luego se incorporó. Caminó, cabizbajo, alejándose de la vivienda. Hacia las cuevas oscuras y tenebrosas donde se hacinaban los murciélagos colgando del techo negro, como allá en la Tierra, boca abajo, con sus negras alas desplegadas..., pero no ciegos, sino dotados de visión. De una extraña, fija, luminiscente, hipnótica visión...

La casa quedó atrás, cubierta por el recodo rocoso. El profesor se detuvo ante las bocas negras y húmedas de las covachas repletas de animales alados y negros. Miles de redondos, curiosos, familiares ojos fosforescentes, se clavaban en él, como en un viejo amigo del que nada podían temer.

—Fracasé... —se dijo, abatido—. Fracasé, cuando creí que todo esto era posible... Cielos, nunca debí intentarlo. Nunca...

Se cubrió el rostro entre ambas manos, se dejó caer, sentado, en una roca volcánica. Algunas aves salieron, revolotearon en torno suyo, como queriendo acompañarle en su decepción, como si entendieran algo de lo que sucedía allí, tan lejos de la Tierra...

Irritado, nervioso, las ahuyentó a manotazos. Como sorprendidos, los murciélagos del espacio se alejaron, con revuelo de alas, emitiendo chillidos de sorpresa y de disgusto. Se quedó solo el profesor.

—¡Dejadme, dejadme de una vez por todas! —masculló—. Incluso aquí tuvisteis que estar vosotros, para recordarme mi gran teoría... ¡y burlaros de mi enorme fracaso!

Uno de los murciélagos era insistente, recalcitrante. Aún revoloteaba en torno suyo, obstinado, agitando sus alas membranosas, negras, desplegadas en la noche. Le hizo un ademán de enfado.

—¡Vamos, vete tú también! —dijo, áspero—. ¡No quiero a nadie a mi lado! ¡Quiero estar solo, solo para siempre, hasta morir!

El pájaro negro se detuvo ante él. Pareció inmovilizarse en el aire. Luego, batió sus alas sonoramente.

Y pareció crecer. Crecer, crecer, crecer...

Creció hasta hacerse un pájaro negro y enorme. Un gigantesco murciélago... del tamaño de un ser humano,

Sus alas batieron, gigantescas, ante el grito de estupor y de inquietud de Bela Gyor. Inesperadamente, se produjo la mutación.

Las alas eran ahora las anchas y flotantes alas de una negra capa, sobre los hombros de un hombre alto, vestido totalmente de negro, de ceñidas ropas, como una malla adherida a la piel.

Un rostro pálido y terso, inescrutable y frío como un centelleo estelar, flotó ante la faz convulsa de Bela Gyor, que no daba crédito a sus ojos, desorbitados ahora por la incredulidad y el horror.

—¡Dios mío! —gritó, rota su voz—. ¡Tú..., DRAKO VULTAN!

—Sí —dijo la criatura de la noche—. Yo, Drako Vultan..., *resucitado*.

Capítulo



—¿Resucitado? No, Drako. Eso no. Nadie puede resucitar a un ser humano muerto.

—¿Entonces...?

—Sencillamente, Drako..., eres ahora un *no muerto*.

—Un vivo... o un *no muerto* —susurró el astronauta—. ¿Dónde está la diferencia?

—Dios mío, es difícil de explicar... —jadeó el sabio. Contempló, aturdido aún, a aquella figura viviente, creación suya. Alto, atlético, enjuto, hermoso, pero frío, de rígida faz, de gesto helado y lejano, de ojos extrañamente fijos y taladrantes, Drako Vultan era como un aparecido, como un fantasma surgido de ultratumba—. Un *no muerto* es... un ser que revive cada noche. Que sale de su tumba y puede moverse entre los vivos... sólo hasta que sale el sol.

—¿Un... vampiro?

La pregunta de Vultan hizo erguir la cabeza a Bela Gyor. Luego, muy despacio, le dio su respuesta, en tono solemne:

—Sí. Un vampiro. Esa es la mutación que perseguí toda mi vida. Ante la imposibilidad de resucitar a los muertos..., crear un vampiro artificial con el cadáver de un hombre muerto violentamente...

Hubo un profundo silencio en el laboratorio improvisado de Bela Gyor, allá en su vivienda del asteroide Los dos hombres se miraron en silencio. Largamente.

Alto, mucho más alto que Gyor, el vigoroso, fantasmal Drako Vultan actual parecía una estatua o una aparición. No había emociones en aquel rostro viril, pálido, inexpresivo por completo. Pero los ojos oscuros fulguraban.

—Entiendo —dijo—. Soy un experimento vivo.

—Sí, Drako. Lo siento. Eras... mi única oportunidad,

—También lo entiendo. Usted está solo en este asteroide. Me utilizó a mí. Pudo ser a otro.

—Pero fue a ti, Drako. Además..., concurren en ti circunstancias especiales.

—¿Especiales?

—Eres hijo de un balcánico, de un eslavo. Los Vultan de Transilvania fueron una familia señorial allí durante siglos. Se llegó a decir de ellos... que había vampiros entre sus miembros. He leído miles de obras sobre todo eso. El Castillo Vultan, en Transilvania... Se dice que está cerrado hace años, desde que el último Vultan emigró...

—Mi padre —afirmó Drako, fríamente.

—Hay en ese castillo una cripta. Los libros dicen que conserva dos vampiros Vultan...

—Puede ser leyenda, profesor.

—Puede serlo, claro. Yo no afirmo nada. Pero eras el sujeto ideal. Y tú NO eres leyenda alguna. Eres una realidad, Drako. Una increíble realidad...

—Me gustaría saber algo más, profesor.

—Más... ¿sobre qué? —se interesó Gyor.

—Sobre todo. Sobre mí, la mutación, su teoría... Todo eso, ¿entiende? Creo tener un derecho a saber qué soy, cuanto menos. Si un robot, un *cyborg*, un fantasma... o un ser con algo humano todavía en su cuerpo.

—Quizá seas un poco de todo ello... y nada de eso en concreto.

—Poco clara explicación, ¿no? —brillaron, hipnóticos, como los ojos de las negras aves del asteroide, las pupilas oscuras de Drako.

—No, no es una explicación. Sólo un comentario, Drako. Trato de explicarte todo de modo que lo entiendas. Y aun así, no va a ser fácil. Palabra que no...

—Inténtalo, cuando menos.

—Sí, Drako. Lo intentaré...

Y lo intentó.

* * *

Era, realmente, una larga y compleja historia de ciencia, de influencias extrañas sobre la mente del hombre y de poder mutatorio de las especies. Todo ello, ligado a un hallazgo de la Cibernética más

avanzada y revolucionaria, obra de un colega del profesor Gyor, muerto en trágico accidente en la Universidad de Ciencias Cibernéticas de Viena.

Esos elementos habían dado al profesor Gyor, finalmente, lo que buscara durante años enteros obstinadamente; la razón de una vieja leyenda de Transilvania, hecha mito con el paso del tiempo, pero que tuvo su origen cierto, comprobado, en una antiquísima familia de los Cárpatos.

Aquello que la Ciencia no podía explicar, lo explicaban ciertos factores extrahumanos, como podían serlo un estado cataléptico, latente, una fobia a la luz, una aberrante afición a las sombras y a la noche, igual que a la sangre de sus víctimas, detalle este último que nunca preocupó a Bela Gyor en sus investigaciones, porque juzgaba que ese indicio de vampirismo era más supersticioso que de otro tipo.

Para la ciencia investigadora de Bela Gyor, el vampiro era un *no muerto*, pero no porque volviera de la tumba por las noches, al no hallar su alma reposo. Eso pudo haber sucedido, si acaso, en el pasado, aun aceptando que pudiera ser algo más que una deformación por espíritu religioso de los supersticiosos y temerosos habitantes transilvanos. El vampiro, eminentemente, era para el profesor Gyor motivo de inquietud. Los consideraba verdaderos *mutantes*. Una especie fuera de lo común, por razón hereditaria. Y sólo por contagio si existía el contacto físico, que no había de ser, necesariamente, de dos incisivos succionando sangre humana...

Partiendo de esa base, Gyor llegó a la conclusión de su teoría atrevida, demencial a juicio de muchos:

Se podía CREAR un vampiro propiamente dicho. Dar fuerzas a un ser muerto por la violencia, siempre que el cerebro permaneciese intacto e incorrupto. El ingenio cibernético del colega de Gyor daría impulsos electrónicos a los centros nerviosos. Pero solamente podría hacerlo limitadamente, siempre que no se moviera en círculos de luz natural muy intensa. La artificial y la de los astros nocturnos no dañaría la célula mental aplicada al ser intervenido quirúrgicamente.

Por tanto, las fuerzas misteriosas del Más Allá serían en este caso sustituidas por un ingenio electrónico. Lo demás... era cuestión de mutación física. Había que convertir al hombre escogido en un perfecto mutante, capaz de adoptar la forma que él quisiera. Teniendo en cuenta que, una vez elegida esa forma, SOLAMENTE esa misma forma podría repetirse cuando él así lo transmitiera a su célula mental y ésta a sus

tejidos dotados de poder mutante.

Nada, pues, de magia ni de tenebrosas fuerzas ultraterrenas. Todo lo haría una sangre especialmente tratada, un cuerpo provisto de un poder especial, y un ingenio electrónico en un cerebro virtualmente muerto, como el resto de la humanidad del elegido.

Una vida artificial, ficticia, como podía ser la de los *no muertos* de Transilvania, según la superstición de sus habitantes o según los ocultos prodigios de ciencias situadas más allá del humano alcance.

Esa, a grandes rasgos, era la historia de un experimento increíble...

Pero no todo quedaba explicado así. No para Drako Vultan, que volvía de la tumba.

Por eso él hizo, todavía, sus preguntas. Las que su humana curiosidad, sin duda aún latente en un no muerto, le dictaban en aquel extraño, delirante trance más allá de la vida y de las sombras.

* * *

—¿De modo que todo ese proceso ha sido efectuado en mí?

—Sí, Drako. No podía pedirte permiso. No me hubieras escuchado. Pero eras el hombre adecuado para intentarlo.

—¿Qué me hizo exactamente, profesor?

—Ya te lo dije; aplicar la célula electrónica a tu cerebro. Siempre la conservé conmigo, y nadie lo supo. Es diminuta, pero muy potente. Está provista de batería nuclear. No influye para nada en tu mente. Sólo la reactiva, respetando tus sentimientos, tus recuerdos, tus propias ideas...

—¿Y... el hecho de convertirme en un murciélago a voluntad? Parece obra de magia...

—Nada más lejos de la magia, Drako, aunque no lo parezca. Esas aves que has visto en el asteroide son imitantes. Lo fueron, mejor dicho, antes de que sus actuales condiciones de vida, en un fragmento de su remoto planeta, ya destruido, sobrevivieran al caos. Este es el fragmento. Obtuve su sangre, la analicé, y durante estos años de cautiverio la sometí a diversos experimentos, hasta obtener sangre de auténtico mutante. Por contagio, produce la mutación de aquel a quien se le inocular en la dosis precisa. No sé por cuánto tiempo, ésta es la verdad. Pero lo hace, y eso es lo que cuenta. Te inculqué, por hipnosis, la voluntad de que tú eligieras mutarte en un pájaro-vampiro, con posterior transición a hombre-vampiro, y así volver a ser en apariencia tú mismo, Drako Vultan. Es un ciclo invariable, eso sí. No puede ser

alterado.

—De modo que soy vampiro, mutante, *cyborg*, hombre *no muerto*, acaso autómata también... Todo menos un auténtico ser humano.

—No, eso no. Sigues siendo humano. Hombre y vampiro, capaz de volar con forma de pájaro o con forma de hombre. Esas alas tuyas de pájaro se convertirán siempre en eso que parece una capa y, en realidad, no es sino una negra membrana mutante, obtenida por biocibernosis. Nunca te desprendas de esa capa que va suavemente adherida a tus ropas y a tu propia piel, en realidad. Si lo haces..., no podrías recuperar tu cuerpo de pájaro negro nocturno, y volar como corresponde a un hombre-vampiro de condición mutante. Eres el sueño científico de mi vida, Drako Vultan, y quiero que, gracias a ti, mi obra y mi destino sean algo más que morir aquí, solo y olvidado de todos, a muchos millones de millas de mi planeta y de mis gentes...

—¿Qué pretende ahora, exactamente, profesor Gyor? —se interesó Drako, siempre inexpresivo, lejano, hermético y frío.

Bela Gyor se irguió. Sus ojos brillaron con una expresión enigmática y desconcertante. Luego, declaró, con voz profunda:

—Ambos tenemos quehacer en el planeta Tierra, Drako. Tú, saber por qué te mataron... y quizá hacer justicia en tu asesino a asesinos. Yo..., ¡demostrar a todos quién es Bela Gyor y de lo que fue capaz!

—¿Eso quiere decir que usted y yo...?

—Sí, Drako. Tú y yo... vamos a volver. ¡Regresamos a la Tierra! Extraño regreso en una extraña nave... Un vehículo espacial funerario..., y en él, dos viajeros que nadie espera; un científico desterrado a perpetuidad acusado de pactos demoníacos... ¡y un héroe muerto convertido en vampiro!

Soltó una carcajada. Una larga, estridente carcajada que pareció rebotar en las rocas yertas del asteroide solitario, y perderse en el infinito estrellado.

Los murciélagos negros e hipnóticos de aquel fragmento de viejo mundo desmembrado revolotearon, asustados de su risa, replicándola con el eco agudo de sus chillidos, con el aleteo de sus membranosas extremidades.

Los redondos, oscuros ojos brillantes, de hipnótico fulgor, de Drako Vultan siguieron su vuelo lúgubre en el ámbito desolado del asteroide.

Y su propia capa, que parecía formar parte de su indumentaria negra, aterciopelada, pareció temblar, agitada por una brisa inexistente, gélida, como llegada de las mismas profundidades insondables de

ultratumba...

* * *

—No, Goldok. Lo siento muy de veras. No puedo aceptarte. No te amo.

—Leilah... —Sasdy Goldok reveló disgusto en el gesto de su rostro atractivo, viril y firme—. A veces no es imprescindible amarse para ser felices.

—Para ti, tal vez no. Yo pienso de distinta forma. Sigo enamorada, Goldok. Eso es lo peor de todo.

—¡Enamorada! ¿De qué o de quién, Leilah? —se exaltó el rico joven—. ¿De un recuerdo? ¿De un hombre muerto?

—Para mí, Drako no ha muerto. Sigue vivo en mi recuerdo, en mis sentimientos, en mis propios sueños...

—Leilah, un ser humano no vive sólo de recuerdos, de sueños o sentimientos pasados. No se sigue esclavo de lo que fue o lo que pudo ser, sino de lo que aún es y lo que será. Debes comprenderlo. Tu padre me acepta como hijo suyo, como tu esposo. Tú estás sola, sin compromiso alguno... Sería ridículo sentirse ligada a un hombre que desapareció, aunque le amaras profunda, desesperadamente. Yo te ofrezco todo mi cariño, mi amor, mi pasión. No te pido nada a cambio. No te exijo sino comprensión y voluntad para intentar amarme un día. ¿Es tanto lo que te pido, Leilah?

—Tal vez me ofrezcas demasiado a cambio de nada —suspiró ella—. Pero sé que sería imposible, Goldok. No siento nada por ti. Sólo simpatía. Eso no es suficiente para comprometer toda una vida, enténdelo...

—Lo entiendo todo, querida. Por eso te pido que reflexiones, que medites tu decisión.

—Está tomada ya, y yo...

—No, por favor —puso él la mano en su boca, deteniendo las palabras de la joven—. Te lo ruego. No aún. Espera un poco. Un día, dos. Volveré. Entonces... dime lo que decidas.

—Pero es inútil, ¿no te das cuenta? Siempre será la misma respuesta...

—Quiero conservar un poco mis esperanzas, ahora que tengo esa misión especial. Tardaré poco en volver. Sólo cuarenta y ocho horas, Leilah. Después dispondré de un tiempo, no mucho, para disfrutarlo a tu lado... Y nuevamente me ausentaré por órdenes superiores...

—¿Órdenes superiores? —enarcó ella las cejas, con gesto ingenuo—. No entiendo...

—Tampoco entenderías si te lo explicara —sonrió Sasdy Goldok—. Soy una persona aparentemente desocupada, pero... tengo un determinado trabajo para el Gobierno. Algo confidencial, que nadie debe saber. Algún día te lo contaré. Cuando seas ya mi esposa, Leilah.

—Sasdy, te ruego que...

—Por Dios —suplicó él de nuevo—. Ahora no. Sólo un poco más. Espera. No digas nada y reflexiona. A mi lado puedes olvidarlo todo. Pero no te pediré explicaciones si piensas de otro modo. No te exigiré nada. Solamente que estés conmigo, que me aceptes como soy. Tu respuesta... en dos días. Volveré, cariño. Volveré. Ten piedad de mí y de mis sentimientos.

—¿Piedad? —dudó ella—. ¿Te casarías conmigo sólo por piedad, porque sintiera compasión de tus sentimientos?

—Sin dudarlo, Leilah —afirmó él, rotundo.

—Me impresionas, Sasdy. Pero aún no es suficiente con eso. Creo que...

—No creas nada, no asegures nada hasta dentro de cuarenta y ocho horas. Estos dos días serán los de mi esperanza. Lo demás dependerá ya de ti... y lo aceptaré, sea lo que sea.

Le hizo una inclinación suave, casi ceremoniosa. Luego, partió.

Ella se quedó sola, mirando fijamente hacia donde se ausentara él. Parecía inmersa en un mar de dudas. Cuando se alejó, en dirección opuesta, era una mujer vacilante, indecisa.

En una cámara inmediata, con un suspiro de cansancio, Lord Grath cerró el televisor. Su mirada se clavó, fría, en el hombre que le acompañaba. Su fiel, su servil y dócil esbirro, el inevitable Lester Zine.

—¿Has presenciado eso? —indagó Lord Grath, ceñudo, señalando el aparato de circuito cerrado de televisión, por el que presenciaran ambos la escena entre los dos jóvenes—. No parecen ir muy bien las cosas. Desde luego, no conforme a tus proyectos, Zine. Y faltan pocos días, muy pocos, para que se cumpla el plazo que me señalaste...

—Justamente dentro del mismo plazo que ha señalado Sasdy Goldok a su hija, señor: cuarenta y ocho horas —rio, entre dientes, el deforme enano.

—¿Y esperas conseguir algo? —dudó el aristócrata inglés—. Ella parece decidida. Su respuesta será negativa pese a los esfuerzos de él.

—Ya veremos, señor, ya veremos... —El rostro del hombrecillo

reveló astucia, malignidad.

—¿Existe algún triunfo oculto que yo no conozca? —dudó Lord Grath.

—Siempre hay triunfos ocultos... cuando se juega con trampas —dijo, irónico, Lester Zine.

—¿Trampas? ¿Dónde estás la trampa?

—En mi juego, naturalmente. Y no le diré cuál es. Pero si la respuesta afirmativa de ella va a reportaran el millón..., vaya preparando el dinero. Ella, dentro de cuarenta y ocho horas..., dirá «sí» a Sasdy Goldok cuando él la pregunte si le ama y le acepta por esposo...

* * *

—Transcurrieron las cuarenta y ocho horas, Leilah Ahora sí. Ahora quiero tu respuesta. Definitiva. Sin rodeos. No volveré a molestarte más, si es la que espero. Di, Leilah, ¿sientes algo por mí? ¿Lo suficiente para... ser mi mujer?

Leilah Grath le miró, pensativa, grave su expresión. Los ojos brillaban, sin un solo pestaño. Aquel hermoso rostro revelaba decisión. Una decisión inexorable, sin duda.

Sasdy Goldok temía cuál iba a ser esa decisión. Y la respuesta.

Esta llegó brusca, inesperadamente:

—Sí, Sasdy.

—¿Qué? —exclamó él—. ¿Qué has dicho?

Sin duda había interpretado mal la respuesta, o ella la formuló erróneamente. Leilah le confirmó ahora:

—Siento algo por ti, Sasdy. He reflexionado. Acepto casarme contigo...

—¡Leilah!

No podía creerlo. Avanzó hacia ella. La rodeó con sus brazos. La atrajo. La besó. A todo ello respondió Leilah con la misma pasión.

La imagen, en el televisor de circuito cerrado de Lord Grath, dejó estupefacto a éste. A sus espaldas, la risa suave de Lester Zine le hizo girar la cabeza, intrigado.

—¿Cómo? —masculló—. ¿Cómo ha sido eso posible?

—Ah, señor... —El enano se encogió de hombros—. Ya se lo dije hace dos días; es mi secreto. La trampa del juego... que vale un millón para mí. Y para usted, la vida de su hija con uno de los hombres más ricos del país...

—Pero esa trampa, que actuó sobre los sentimientos y la decisión de mi hija..., ¿qué pudo ser, maldito seas, astuto enano?

—Ya se lo dije, señor... Secreto de mis procedimientos...

Y Zine soltó una carcajada, retirándose silenciosamente, sin revelar tal secreto a su patrón.

Leilah seguía en brazos del admirado, incrédulo y maravillado Sasdy Goldok, que, al fin, veía alcanzado aquello que jamás soñó obtener: el amor de la mujer adorada.

Y que ella, además, pareciese olvidar, por fin, a su gran amor, el difunto Drako Vultan, héroe del espacio cósmico.

Capítulo IV

—Es la finca propiedad de Drako Vultan. Ha vuelto a ser habitada.

—¿Habitada? Si Drako Vultan no tenía familia, que yo sepa —se extrañó Hud Colfax—. Y éramos buenos amigos los dos...

—Pues así ha ocurrido —le informó su comunicante—. Puedes acercarte por allí y verlo. Esta misma tarde ha sido. Llegó un vehículo, descargaron equipajes, y un hombre de edad madura entró en la vivienda. Dicen que es pariente lejano de Vultan, un europeo...

—Sé que él procedía de Europa, pero jamás habló de ningún pariente... vivo —rechazó Colfax, arrugando el ceño.

—No sé nada, amigo. Te lo he notificado porque sé la amistad que te unía a Vultan, pero no me ha preocupado más el asunto. Como oí decir que te interesaba adquirir esa propiedad para ti...

—Es cierto. —Colfax torció el gesto—. Era una finca que me gustaba. No sé... Tiene algo de otros tiempos. Sabor europeo, un algo que no es de esta época tan fría y estilizada de líneas arquitectónicas... En fin, qué hemos de hacerle. Me resignaré sin la finca de Vultan, si tiene otros dueños legales. Pero sigue sorprendiéndome tal cosa, palabra.

—Pues ya sabes —sonrió su amigo, emprendiendo la marcha—. Ve allí y lo comprobarás, Colfax.

Y Colfax lo hizo.

* * *

Lo comprobó por sus propios ojos.

Había luces en ventanas y porche. También en el jardín, alrededor de la casa clásica, de vieja estructura europea. La residencia de Drako

Vultan, Barón de las Alas Celestes...

Afuera, un vehículo de matrícula también europea, de motores a turbina y sistema de vuelo helicoidal, para las grandes aglomeraciones en las autovías. No parecía quererse ocultar o pasar inadvertido el que ocupaba la vivienda.

Tuvo sus dudas, sus vacilaciones; por fin, se decidió. Salió de su punto de observación. Llegó a la casa. Salvó la abierta verja del jardín, cruzó el sendero de baldosas plásticas y llegó al porche, bajo la luz de la farola clásica, casi ochocentista. Y eso, en pleno siglo XXI...

Pulsó el llamador eléctrico. Dentro sonó un campanileo musical que conocía bien. Allí, en aquella misma vivienda, Drako Vultan había caído... víctima de él. Del arma eléctrica de Colfax, mortífera y silenciosa.

Transcurrieron unos instantes. Sonaron pasos dentro de la casa. Había luces encendidas por doquier. A un lado descubrió un embalaje metálico, cuidadoso, de forma oblonga. Estaba abierto. Lo que contuviese, había sido extraído de allí. Pudo observar, intrigado, que dentro llevaba un sistema parecido a los frigoríficos, pero a base de frío seco.

—Buenas noches. ¿Desea algo, señor?

Se sobresaltó. Alzó los ojos. Se quedó mirando a hombre que hablaba.

No le había visto nunca antes de ahora. Era de estatura mediana, cabellos blancos, barbita recortada, ojos astutos tras unas gafas tradicionales... Vestía elegantemente y sonreía, cortés.

—No, nada —dijo Colfax, algo violento—. Vi luces; me acerqué. Creí que esta casa estaba deshabitada.

—Lo estuvo. Hasta hoy.

—Ya. Pero es la casa de Drako Vultan.

—Exacto. ¿Le conocía usted acaso?

—Sí —dijo, vagamente—. Fui amigo suyo.

—¿Amigo? Cielos. Entonces, haberlo dicho. Pase, por favor...

Colfax iba a entrar. Pero lo pensó mejor. Se hizo atrás. Debía andar con tacto, no confiarse. Un paso en falso significaría su ruina.

—No, gracias —sonrió, forzado—. No tengo tiempo ahora, pero vendré en otra ocasión. Sólo me intrigó esto. Pensé que alguien habría vendido la propiedad de Vultan y...

—¿Venderla? ¡Oh, no! —rechazó el hombre de cabellos canosos—. Sólo yo podría hacer eso.

—¿Usted?

—Soy el único pariente vivo de Drako Vultan. Residía en Hungría. He venido a hacerme cargo de todas sus cosas.

—Pariente suyo... Nunca me habló de ningún pariente. Decía ser solo en la vida...

—Lo sé. Jamás hablaba a nadie de esas cosas. Soy Bela, su tío Bela... Tengo todos los documentos firmados por él. Su cesión en caso de muerte. Su fortuna, sus propiedades... Todo es mío. Puede decirse que todo cuanto dejara aquí Drako sin terminar... —le miró fijo, muy fijo, muy extraño, al añadir, con rara entonación—: Yo lo terminaré por él.

Colfax se sintió inquieto sin saber la razón. No le gustaba aquel hombre, no le gustaba que ocupara la casa de Drako, y no le gustaba la forma que tenía de decir las cosas. Se hizo atrás, bruscamente.

—Bien, debo dejarle, señor. Yo no pongo en duda su derecho legal a ocupar esto. Para eso están las autoridades. Sólo me chocó ver luz y acudí... Ha sido un placer, señor... Ya nos veremos.

—Estoy seguro de ello—sonrió Bela, con el mismo tono inquietante anterior. Luego, añadió—: Ah, por cierto, lo olvidaba. Pronto estará aquí conmigo un sobrino mío, llegado de Transilvania... Se llama también Drako...

—¿Drako? —Colfax dio un respingo, sobresaltado—. ¿Otro pariente? Usted dijo que era el único... vivo.

—¿Eso dije? —sonrió Bela, sacudiendo la cabeza—. ¡Oh, qué distraído soy!... Olvidaba a mi querido sobrino Drako... Ciertamente que es tan calmado y tan apático que a veces no parece estar vivo siquiera, pero tiene momentos en los que parece volar... En fin, adiós, señor... señor...

—Colfax. Hud Colfax —dijo el otro, apresurándose a alejarse, con paso rápido.

Cerró Bela Gyor la puerta, sin prisas. Una cortina se alzó cerca de él. Alto, frío, solemne, con sus negras ropas y su capa liviana, apareció Drako Vultan.

—Era él —dijo—. Mi asesino.

—Colfax, ¿eh? —Gyor frunció el ceño—. Tu mejor amigo...

—Al menos eso creí yo... hasta que fue demasiado tarde.

—Pero, ¿por qué lo hizo?

—No lo sé —se encogió de hombros Drako—. Nunca lo entenderé, en tanto no halle sus motivos bien claros... Colfax servía conmigo en las Fuerzas Espaciales. En el Departamento de Vigilancia Civil y

Seguridad... Algo que no puedo comprender, profesor. Parecía cordial, amable, de buen humor...

—Ahora estaba asustado —rio Bela Gyor—. Vio el embalaje con el que te he trasladado durante el día... Algo ha intuido aquí qué no le gusta.

—Es su conciencia la que no le deja vivir —señaló Drako, con voz sorda.

Bela le miró de soslayo. Sonrió, moviendo la cabeza.

—Es curioso... Un vampiro hablando de conciencia... Si te oyeran en Transilvania, no se creerían que eres lo que eres, Drako...

—Según usted, esos vampiros eran una cosa y yo otra —replicó Drako.

—Eso es cierto. Eres el primer hombre-vampiro dotado de sentimientos honrados y dignos, Drako. Tus ojos emanan poder hipnótico. Tus alas te hacen casi un pájaro en la noche. Tu poder mental y físico te convierten en un ser difícil de vencer. ¿Imaginas lo que sería todo eso, al servicio del Bien?

—¿Qué está pensando ahora, profesor? —le miró fijamente Drako Vultan.

—Nada disparatado, amigo mío. Tú tienes una injusticia que vengar: tu propia muerte. Yo, rehabilitar mi nombre y mi ciencia, demostrar que no soy un ser demoníaco ni un aliado del Mal, como esos imbéciles se atrevieron a afirmar ¡en pleno siglo XXI!

—Es lo que hemos venido a hacer, ¿no es cierto? —Los labios de Drako Vultan se curvaron en una sonrisa fría e inteligente, extraña y atractiva a la vez. Sus oscuras pupilas centellearon, llenas de astucia.

—Sí, pero, ¿y después? ¿Imaginas que tú, un hombre-vampiro, capaz de cambiar de apariencia a voluntad, un mutante que causará el terror de los delincuentes y de los que obran mal con su sola aparición?

—Un justiciero... —Drako se encogió de hombros—. Drako, el vampiro... ¿Tiene sentido eso, profesor?

—No. Sólo eres Drako como presunto sobrino mío y pariente del difunto Drako Vultan. Nadie debe conocer la verdad. Para los demás puedes ser... Vampyr.

—Vampyr... —caminó, alto y solemne, por la estancia, sintiéndose cada vez más dueño de sí mismo, de sus poderes actuales, de su condición de mutante artificial, de producto de laboratorio, pero, a la vez, tremendamente humano. Seguía siendo él, él mismo. Lo notaba en cada fibra de su ser, en cada recodo de su mente, en cada pensamiento

o evocación—. Sí... Vampyr, el hombre de la noche... Tal vez resulte, profesor. Tal vez... Cuanto menos, para ayudarle a usted, para vengar mi muerte... y para algo más. Algo que no puedo olvidar

—¿Qué?

—Una mujer...

—¡Una mujer! —Bela Gyor se asustó—. No, no, Drako Eso no. No debes pensar en ellas... No es conveniente No conozco aún el exacto alcance de mi experimento Se dice que los auténticos vampiros fueron... muy aficionados a elegir sus víctimas entre las mujeres... hermosas.

—Ella es hermosa —sonrió extrañamente Drako—. La más hermosa de todas, profesor. Pero de eso a ser mi víctima... Es la mujer que amé, profesor, cuando era un hombre como todos, un ser viviente en el mundo...

—Oh, entiendo —le miró, preocupado—. Y... ¿sigues... enamorado?

—Sí —afirmó Drako—. ¿Por qué no había de estarlo?

—No sé... —perplejo, el científico inclinó la cabeza—. No sé, pero eso... no entra en mis cálculos. Creí que el amor... le estaba vedado a un vampiro. Incluso a un mutante, Drako.

—Pues no es así, profesor. Sigo amando a una mujer llamada Leilah Grath. Y me gustaría saber lo que ha sido de ella...

—¡No debes ir a verla! ¡Ella nunca debe saber, ni sospechar siquiera que tú...!

—Sé lo que quiere decir —susurró Drako—. Descuide. No me dejaré ver. Sé dónde encontrarla esta noche. Sé cómo verla... sin que ella me vea. Seré simplemente un pájaro en la sombra. El primer servicio que rendirán en la Tierra las alas de Vampyr... será llevar a Drako Vultan hasta las vecindades de su mujer amada...

* * *

Leilah se detuvo un momento. La pluma cayó de su mano. Se incorporó.

Giró la cabeza. Miró al exterior, a través de los vidrios de su balcón.

No vio nada, pero estaba segura de haber oído un ruido. Un leve ruido, como de algo rozando los cristales. Tal vez lo imaginó. No había nada en el exterior. La noche era oscura y nubosa, pero no soplaba viento. Ni tan siquiera una leve brisa.

Respiró hondo. Volvió a sentarse, entre vaporosos vuelos de su deshabillé. Tomó de nuevo la pluma. Siguió escribiendo:

«...Mañana será la boda.

»Sé que voy a ser feliz. Muy feliz. Sasdy me ama. Y yo a él..., creo que también. No sé. A veces me asaltan extrañas impresiones. Como si no estuviera segura de nada... Como si algo se revolviera en mí contra esa idea y me obliga a continuar siéndole fiel a Drako. A mi amado Drako, perdido para siempre...

»Pero Sasdy tiene razón. También papá. No se puede ser fiel eternamente a un ser desaparecido. Seguro que amo a Sasdy. Si no, ¿cómo iba a casarme mañana con él? Será una boda importante en la ciudad. Es el hombre más rico del país...

»Rico. ¿Qué me importa que sea rico, si lo que cuenta es mi sentimiento hacia él? No sé, no lo entiendo... Todo está tan confuso... Cuando voy a acostarme... pienso de un modo. Luego, duermo. Y al otro día... vuelvo a ser yo. A estar segura de mí. A saber que amo a Sasdy y seré feliz con él, a saber que hice bien en aceptar esta boda...

»Será mejor no escribir más. Este diario y a conocer un gran cambio en pocas horas. Y no seré Leilah, la joven Leilah Grath, sino la joven señora Goldok...

»No... ¡No quiero ser esposa de nadie! ¡Sólo de Drako! Haré algo, no sé el qué... Debo dormir, descansar. Estoy muy cansada. Debe ser el cansancio, los nervios. Sí, dormiré. Y si mañana sigo insegura..., aplazaré esa boda...»

Dejó la pluma. Cerró el libro. Esta vez estuvo más segura que antes. El roce se repitió en el cristal. Giro la mirada. Se inquietó.

Era un pájaro. Un negro pájaro adherido a los cristales. Un murciélago, parecía.

Resultaba raro. Un murciélago a aquella altura, en aquel gran edificio, en una zona tan iluminada de la urbe...

El animal se perdió, aleteando allá afuera. Leilah se tranquilizó. Fue a la ventana. Apagó las luces. Abrió la ventana un poco, para que se renovase la atmósfera del dormitorio durante su sueño.

Luego, fue al lecho. Se acostó. Cubrió su cuerpo con las sábanas. Cerró los ojos, respirando hondamente. Casi en el acto, tras una vuelta inquieta, empezó a quedarse dormida...

Afuera, en la noche nubosa, hubo un nuevo aleteo. Una sombra oscura se aproximó a la ventana. El murciélago revoloteó, fija su luminiscente mirada en la joven.

Un cerebro humano reflexionó:

«Sigue hermosa... Hermosa e indefensa... Mi Leilah querida... No puedo hablarte, no puedo decirte nada..., ni quizá valga tampoco la pena. Leilah, he podido leer lo que escribías... Me gustaría ayudarte, pero no sé cómo sientes realmente. Si me has olvidado y amas a ese hombre, haces bien en casarte. Si no..., me gustaría que estuvieras segura de lo que haces...».

Ya dormía ella, respirando profundamente. Drako no pudo evitar la tentación. Su cuerpo alado, de murciélago-vampiro, se agigantó de repente. Cobró las dimensiones de un ser humano. Las alas se hicieron capa negra, sedosa. El pálido rostro rígido de Drako Vultan se encaró, en la sombra, sobre sus negras ropas, a la muchacha dormida.

—Mi pequeña Leilah... —se acercó a la cama, susurrando las palabras—. Yo debía ser tu esposo. Y ese canalla de Colfax...

Se quedó mirando a la joven. Se inclinó sobre el lecho. Un reflejo de luz lejano, de la calle, reverberó en sus centelleantes ojos profundos. Bajo aquella mirada poderosa, hipnótica, Leilah se agitó, convulsa, inquieta.

Los labios de Drako Vultan estaban cerca de su mejilla, de su cuello. Los labios se entreabrieron. Pero los colmillos tradicionales del vampiro mítico no aparecieron. Sólo su blanca y fuerte dentadura, en una sonrisa suave, sensitiva. Iba a besar a Leilah. Sólo eso; rozar su piel. El beso del vampiro...

Un beso sin sangre ni crueldad. Sin la perversión del Ser de las Tinieblas, según la superstición. Vampyr no llegó a besar a Leilah.

Algo sucedió que alteró su proyecto. Se echó atrás sorprendido. Miró a la puerta del dormitorio. Esta se abría lentamente...

Rápido, Drako-Vampyr se ocultó tras un cortinaje en la cabecera del lecho de Leilah. Nadie entró por la puerta entreabierta. Sólo una mano enguantada, que lanzó algo al aire. Y luego cerró cuidadosamente tras de sí.

Era un insecto. Un insecto de suave zumbido que apenas se halló dentro de la habitación de la joven, empezó a planear hacia el lecho, como atraído por el cuerpo yacente.

Vampyr aguzó su mirada profunda, brillante, taladradora. Siguió el vuelo del insecto. Iba derecho al cuello de la muchacha. Sorprendido, Vampyr recordó algo. Cuando él iba a besar la epidermis sedosa de la muchacha, descubrió en ella los diminutos puntitos de algún picotazo.

Aquel insecto u otros parecidos habían picado anteriormente a la muchacha.

Y alguien introducía el insecto en la habitación ¿Por qué?

Rápido, tomó una decisión, aun a riesgo de ser descubierto en la alcoba de la joven. Saltó fuera de la cortina, se adelantó, cubriendo a la muchacha dormida, y lanzó un seco manotazo hacia el insecto.

El golpe fue contundente, y el zumbón animal revoloteó, aturdido, alejándose de la cama. Era un enemigo demasiado insignificante para él. Vampyr se decidió a rematarle con otro golpe, para evitar su posible ataque furibundo a la muchacha. No le gustaba que quedase por allí con vida. Algo extraño sucedía por las noches en el dormitorio de Leilah.

Y tan extraño...

Repentinamente, el insecto comenzó a cambiar de apariencia. Se agigantó. Era una especie de mosca, pero rayada, como una avispa. Llegó a alcanzar el volumen de un gorrión, cuanto menos. Su zumbido se hizo estridente, profundo, ensordecedor. Y, cosa rara, Leilah no despertó, limitándose a agitarse en su lecho...

—Un mutante... —jadeó Drako—. ¡Ese insecto es UN MUTANTE enemigo!

Y, rápido, procedió también él a cambiar, provocando su propia mutación.

Sus células mentales y su organismo todo reaccionaron a la orden imperiosa de su voluntad. Cuando el gigantesco insecto se precipitó sobre él, pareció vacilar, indeciso, al hallarse con algo tan insólito como un enorme murciélago, gigantesco como un ser humano, de alas desplegadas, protectoras y negras, batiendo silenciosamente sobre el lecho de Leilah, cubriéndola con su manto defensivo.

Fue un extraño choque en el aire. Un ingente murciélago o un vampiro-hombre, sin siniestro significado ni aire feroz, luchando contra un insecto que parecía una fuerza maléfica desencadenada...

Esta vez, el insecto no tuvo la menor posibilidad. Antes de que el vampiro-ave se hiciera realmente un vampiro pequeño, de normales dimensiones, en su proceso mutante lógico, el insecto, alcanzado por las zarpas y los aletazos violentos de Vampyr, chocaba en el muro y recibía un golpe brutal que lo lanzaba al suelo. Allí, antes de iniciar su empequeñecimiento y agonía, Vampyr cayó sobre él y le destrozó sordamente...

En ese momento, Leilah despertó bruscamente.

Se irguió en el lecho, con ojos desorbitados. Dio luz, gritó agudamente al ver al vampiro-ave en su habitación, revoloteando negro y con apariencia siniestra cuando menos conforme a la popular creencia

de tantos siglos.

No observó al insecto triturado en el suelo, sobre un viscoso charco de color verde opalescente. Sólo miraba con terror, al animal alado que, rápido como una centella, partió hacia la ventana, alejándose de la muchacha despavorida.

Con rapidez también, se precipitaron los acontecimientos. Se abrió la puerta de la alcoba tras un golpeteo repetido. Armado con una pistola electromagnética hizo su aparición el enano Lester Zine, con gesto de sobresalto en su innoble rostro.

—¡Señorita Grath! —jadeó—. ¿Qué sucede?

—Allí... —señaló ella la ventana—. Allí, Zine... Un horrible animal. Negro, oscuro como la noche... Parecía un murciélago...

—¿Un murciélago? ¿Aquí? —dudó Zine, asombrado.

Corrió, con su arma, hacia la ventana. Asomó a ella. Debajo, la ciudad era un ascua de luz. Pero muy abajo, en los altísimos edificios residenciales, con sus jardines colgantes, inspirados acaso por algún modernista que soñó con la remota Babilonia, distaban mucho de la vía luminosa. Rutas a diversos niveles, autovías de servicio interurbano, mostraban sus cintas enroscándose en los grandes bloques. Eso era todo. De un posible murciélago, ni rastro.

—No vi nada, señorita —dijo Zine, pensativo, volviendo a la alcoba.

—Yo, sí. Ya lo sentí antes, cuando me disponía a acostarme —se había envuelto en una bata sedosa, todavía pálida, amedrentada—. De repente, soñé con un zumbido extraño, inquietante, cerca de mí. Me desperté. Y vi a ese horrible animal volando en la habitación.

—Es raro... —Zine buscaba algo, disimuladamente, en el aire de la estancia. Luego, sus ojos agudos se fijaron en un rincón, junto al muro. Allí vislumbró una mancha verde parduzca, como una gota gruesa. Y a su lado, una pequeña figurilla destrozada. Un insecto rayado...

—Será mejor cerrarlo todo —dijo Leilah, bruscamente. Cerró la ventana. Luego invitó a salir a Zine—. También aseguraré la puerta.

—Pero, señorita, si me necesita para algo, vale más que yo pueda entrar y...

—Si le necesito, gritaré. Y usted, entonces, derriba la cerradura con su pistola. Prefiero dormir tranquila, créame.

Y tras salir Zine de allí, ajustó la entrada y aseguró el pestillo de seguridad interior.

Lester Zine, irritado, se quedó en medio del corred profundamente pensativo. Masculló unas palabras para sí:

—¿Qué diablos ocurrió? Ahora no podré inocular el suero de la pasión... por medio de los insectos mutantes. ¡Y tal vez mañana rechace a Sasdy Goldok, la muy necia! —vaciló, indeciso. Luego, sus ojos brillan inquietos—. Ese murciélago... ¿Qué diablos era? ¿Lo vio realmente? No es posible que aquí existan esa clase de animales...

Preocupado, temeroso de que su plan fracasara, Lester Zine regresó a su propia habitación, llevando consigo un pequeño estuche hermético, donde se hallaban los insectos mutantes, portadores de las dosis de «suero de la pasión amorosa», el que estaba haciendo el milagro de seducir a Leilah Grath... y de proporcionarle a él un millón, que podía perder en pocas horas si la boda no se llegaba a celebrar.

Y no se celebró.

Capítulo

V

—No, Sasdy. No puedo. No puedo ser tu esposa...

—¡Leilah!

—Lo siento. No sé lo que me sucedió este tiempo. No puedo entenderlo. Sé el dolor que te causo, pero... te engañaría, Sasdy. Y eso no es justo. No seré tu esposa. Sigo amando a Drako Vultan. Anoche estuve segura de eso.

—Pero, ¿cómo pudiste estar segura de tal cosa? —protestó él—. ¡Acaso un sueño, un simple sueño... alteró tu mente, te hizo ver lo que no es cierto!

—Es bien cierto, Sasdy. No sé qué sucedió, pero me engañé. Y te engañé a ti. Un matrimonio, en estas circunstancias, sería un fracaso. Un tremendo y cruel fracaso para ambos. Vale más así. Aún es tiempo. Pese a todo..., aún es tiempo.

Lord Grath estaba lívido, colérico. Sus títulos necesitaban de algo más que aristocracia. El dinero de Sasdy era salvador, precioso para él. Y ahora, en el último momento, todo se hundía...

—Leilah, esto es vergonzoso. ¡Te exijo que repares semejante ofensa a Sasdy Goldok! —clamó, con su mejor tono de dignidad, en las altas escaleras que conducían al estilizado, vertical, bellísimo y sencillo templo donde iba a tener efecto la ceremonia—. ¡Has de pedirle perdón, ser su esposa, conforme tu palabra de mujer, de dama digna de tu nombre...!

—No, papá. Nadie me hará casarme a la fuerza —Leilah, trémula, se pasó una mano temblorosa por el rostro—. Algún influjo inexplicable me hizo cambiar de idea, pero eso no tenía el menor sentido. Ahora veo las cosas con su verdadero valor, sé lo que digo... No me casaré.

—¡Leilah, te exijo que...!

—Lord Grath, por favor —le detuvo suavemente Sasdy, con una mueca amarga—. Nunca sería el esposo de una mujer que hiciera tal cosa a la fuerza. No se casaré si es su voluntad. Tampoco yo. Que reflexione. Que medite y decida. No me ha ofendido. Leilah no puede ofender a nadie, señor. Es libre de elegir su destino. Dentro de un tiempo, cuando termine mi misión..., volveré. Quizá entonces... todo sea diferente. Si no, aceptaré mi suerte. Y felicitaré a otro hombre, si es su elegido, sea él quien sea...

—Gracias, Sasdy —sonrió ella dulcemente—. Es muy noble de tu parte. Celebro que lo entiendas. Sé que no todo es culpa tuya, pero mía tampoco. No sé si estuve enferma, trastornada o demente... Te mentí de modo inexplicable. Trataré de ver la razón de ello. De cualquier modo, Sasdy, tendrás en mí siempre a una amiga leal. Y si a alguien eligiera para ser mi esposo, al margen de Drako Vultan, que ya no existe, pero cuya muerte me resisto a aceptar en mi cerebro..., ese alguien serías tú, no lo dudes.

Le tendió su mano. El la apretó. Besó su mejilla. Y se alejó, rápido, escaleras abajo, dejando a Leilah a solas con su enfurecido padre. El parecía que iba a estallar en nuevas protestas contra su hija. Pero finalmente, al emprender también ella la marcha, anonadado, Lord Grath siguió a su hija, con paso inseguro. Ya abajo, cerca de su vehículo, los ojos enrojecidos del noble descubrieron a su leal servidor Zine. Fue rápido hacia él. El enano se encogió, muy pálido.

—Conque tu ama secreta, tus trampas y todo eso... —jadeó Lord Grath—. ¡Ya puedes ir reintegrándome el dinero, o te haré añicos, enano asqueroso! ¡Leilah acaba de despreciar a su prometido, justo antes de entrar en el templo para la ceremonia!

—Lo temía, señor —susurró roncamente el enano, bajando la cabeza.

—¿Tú lo temías? ¿Tú, que te embolsaste mi dinero a cambio de tu brillante papel en el idilio? Si no sueltas ese millón en el acto, te entregaré a las autoridades, farsante maldito.

—No necesita hacerlo. Tiene ya el millón en su despacho. Lo dejé allí cuando ustedes salieron hacia el templo.

—¿Qué? ¿Lo dejaste entonces? —Lord Grath le miró, sin entender—. ¿Eso quiere decir que tú sabías... o sospechabas...?

—Lo sospeché desde anoche, señor —dijo Zine, fríamente.

—No entiendo nada, enano. Sólo espero que sea verdad lo del millón devuelto...

—Lo es. No quiero el dinero que no gano. Pero es posible que ahora pueda ganar más, mucho más de un simple millón..., si mis sospechas son ciertas.

—¿Qué sospechas, Zine?

—Las que tengo ahora... Algo que está muy por encima de usted, de sus ambiciones de dinero fácil... y de Leilah y todo lo demás.

—¿A qué te refieres?

—Lo siento, Lord Grath. Mi información vale dinero. Y tengo a quién vendérsela mucho más cara...

Lester Zine, servil y deforme, se alejó del aristócrata inglés, dejando a éste perplejo y desorientado, tanto ante su audacia insultante como ante su misterioso modo de expresarse.

—Ese maldito enano..., ¿qué diablos puede saber que valga tanto dinero? —farfulló, con ira, Lord Grath.

* * *

—Sí... ¿Qué puede haber que valga tanto dinero, Zine?

El enano sonrió, frente al adiposo y huidizo Fatty, amo del crimen en la ciudad. Se frotó las manos, con expresión maligna.

—Yo tengo cerebro, Fatty —dijo, tocándose su enorme cabeza—. Y no sólo por su volumen, sino porque sabe pensar. Yo sé muchas cosas que otros ignoran.

—¿Qué cosas, por ejemplo? —se interesó Fatty.

—La muerte de Drako Vultan, pongamos por caso —replicó el enano.

Rápidamente, Fatty cambió. Se echó atrás, estudiando glacialmente a su visita. La mano gordezuela y fofa tocó el borde de su mesa despacho.

—No hace falta que use eso —dijo Zine, con acritud—. No soy peligroso. He venido como amigo.

—Los amigos que tengo, acostumbro a escogerlos yo.

—Claro, pero debería escogerme a mí, Fatty. Ganaría dinero. Y me lo daría a ganar a mí. Trabajo para Lord Grath, un noble arruinado y astuto. Él quiere casar a su hija. Con alguien de dinero, claro, para salvar sus blasones y títulos. Drako Vultan era ese hombre. Lo perdió lamentablemente. Ahora quiere casarla con otro rico ciudadano: Sasdy Goldok. ¿Eso tiene interés para usted, señor?

—Sigue, enano asqueroso —refunfuñó Fatty—. Si me enfureces, haré

que te tiren al mar, con un buen lastre. Si sabes tanto, estarás convencido de que puedo hacerlo.

—Claro. ¿Qué no haría el amo del crimen organizado, el llamado *Zar del Hampa*? En estos tiempos, un nuevo, poderoso, llamante Sindicato del Crimen, que lleva el presuntuoso nombre de *Organización de Asesinos Internacionales*. La famosa IMO. La temida *International Murder Organization*. ¿Su rey supremo? ¡Fatty el Poderoso!

—Ya basta —cortó el gordo, con gesto bilioso. Sus manos se crisparon sobre el borde de la mesa—. Me gusta la charla cuando tiene algo más detrás. ¿Qué traes tú, exactamente, para venir a mi propio santuario a decirme tales cosas? Por mucho menos han muerto otros hombres, Zine.

—Prueba de que mi información es importante. Muy importante.

—¿Lo suficiente para salvar tu voluminosa y fea cabezota? —bromeó Fatty.

—Y más aún —brillaron coléricos los ojos de Zine, ante los insultos, pero ésa fue toda su reacción por ellos, Añadió, incisivo—: He averiguado algo que podría trastornar todos sus planes, si no lo averigua a tiempo también usted.

—¡Bah! Nada puede ser tan importante —rechazó, con viveza, Fatty, haciendo un gesto despectivo con sus manos rollizas—. Fanfarroneas demasiado. Empiezo a hartarme de ti, enano.

—Tal vez no se harte tanto si le digo que puede hundirse... el *Plan Killerman*.

—¿Qué? —Fatty pegó un brinco formidable. Se quedó mirando, lívido, estupefacto, desorbitados sus ojos, al interlocutor que tenía ante sí—. ¿Qué es lo que has dicho, imbécil?

—*El Plan Killerman* —repitió, calmoso, su deforme visitante. Luego rio—. ¿Sorprendido o asustado?

—Tú eres el que vas a estar asustado muy pronto, si no sigues hablando —ahora, su mano zurda estaba apoyada sobre un botón rojo—. ¿Sabes lo que esto significa?

—Lo imagino —sonrió Zine—. Es mi sentencia de muerte. Ejecución inmediata.

—Tú sabes mucho. Demasiado, según veo —le contempló, ceñudo, estremecido aún por el repentino sobresalto sufrido—. Termina de una maldita vez, estúpido. ¿Qué sabes del *Plan Killerman*? ¿Quién te habló de él?

—Vayamos por partes, Fatty. A veces resulta sumamente sencillo

hipnotizar a una mujer y saber, a través de ella, información de primera mano de otra persona... a quien ella, a su vez, hipnotizó por mandato indirecto.

—¿Y tú eres capaz de eso? —dudó Fatty—. No te creo. No tienes ojos hipnóticos enano.

—No dije que los tuviera. Ni que fuese yo el hipnotizador. Existen en la moderna ciencia otros métodos más simples y eficaces para la hipnosis y el poder mental extendido a otras personas. Cosas como... drogas inoculadas.

—Eso ya tiene más sentido. Sigue. Y procura ser convincente, o no llegarás muy lejos...

—Tengo unos insectos muy especiales. Son de una condición mutante. Adquiridos a un cosmonauta que los obtuvo en un vuelo espacial, en una luna de Júpiter... Pueden crecer a voluntad, son agresivos e inteligentes, se les domestica con facilidad... Con ellos inoculé un *suero de pasión amorosa* a la joven Leilah Grath. Y otro de poder hipnótico. Sin darse cuenta, ella sugestionaba a su vez a su prometido, y establecía con él un puente mental, a través del cual recibía información... que yo recibía cuando ella se hallaba en trance, sin posibilidad de recordar nada, durante su más profundo sueño nocturno.

—Eso va teniendo forma, sí. Prosigue. ¿Qué obtuviste con todo ello?

—Datos precedentes de la mente de Sasdy Goldok. Si se hubieran llegado a casar, hubiese tenido mucha más información. Esta, ahora, es fragmentada. Además el Gobierno encargará el caso oficialmente en estos días a Sasdy Goldok.

—¿El Gobierno? —se inquietó Fatty.

—Sí. Goldok es agente del Gobierno. *Seguridad Espacial*. Lo hace por deporte, claro. Es demasiado rico para estar a sueldo de nadie. Por eso resulta insobornable. Como Drako Vultan, ¿no es cierto, Fatty?

—¿También sabes algo de Vultan? —entornó peligrosamente sus ojos el gordinflón.

—Sé bastante de todo. El Gobierno investiga el asesinato de Vultan. Creen que fue víctima de algún agente enemigo del *Plan Killerman*. Y no les falta razón, ¿no?

—Calla. No pidas opiniones. Límitate a hablar. ¿Qué más sabes?

—Todo eso, Fatty. Si te parece poco, puedo decirte que Sasdy Goldok anda muy interesado en dar caza a los culpables de lo ocurrido a Drako. Y que esos culpables pertenecen a la IMO. Que, a su vez, sirve

los intereses de alguien que es quien paga, naturalmente...

—Sí, todo muy interesante, Zine... —silabeó Fatty, astuto—. Vas a venderme toda esa información, ¿no? Excelente. ¿Te das cuenta que puedo liquidarte y quedarme con todo lo que has dicho, a cambio de nada?

—No, no lo harás —rio Zine.

—¿Por qué? —le intrigó al gordinflón su seguridad,

—Porque no te he dicho aún todo.

—¿Ah, no?

—Falta lo más trascendente. Lo que lo cambie todo, Lo que vale millones de saber. Lo que en principio tal vez no creas, pero que será fácil confirmar...

—¿Qué cosa?

—Saberla te costará... tres millones.

—¡Tres millones! Es una locura...

—No es mucho. Lo que yo sé vale más, infinitamente más...

—Me temo que no lleguemos a ningún acuerdo. Si hablas y dices todo, puedo matarte sin cobrar una moneda. Tú lo sabes, y no te fiarás de mí. Si no hablas, tu información no vale nada, y tampoco saldrás vivo. ¿Qué te parece la situación? —rio Fatty, con buen humor.

—Sólo te diré algo. Luego, si quieres, págame o no. Pero tan en cuenta que el dato inicial no significa nada. No es lo que crees. Es más: no puedes ni imaginar lo que te diré.

—Adelante. Dame ese dato inicial.

—Es breve: Drako Vultan está aquí. Entre nosotros.

—¿Cómo? —aulló el hombre gordo, aturdido—. ¿Te burlas de mí?

—No —suspiró Zine—. Drako Vultan ha vuelto. No te digo aún en qué forma. Por eso Leilah no se casó con su prometido. Por eso todo tu plan peligra. Drako sabe quién le mató. A estas horas puede estar buscándolo. Y sacará la verdad, paso a paso...

Fatty enrojeció vivamente. Estaba sudando copiosamente. Se enjugó la transpiración, con su maligna mirada fija en su visitante.

—Si has mentido, te mataré —jadeó.

—No, no he mentido —rio Zine, sereno—. Avisa a tu gente. Que vigilen al hombre que mató a Drako Vultan. Y que no les extrañe si ven cerca de él, en alguna ocasión..., un murciélago.

—¿Un murciélago? —pestañeó Fatty, atónito.

—O, mejor dicho, un vampiro...

Fatty, rápido, se inclinó sobre el interfono para dar órdenes urgentes.

* * *

Un murciélago...

Era raro. Colfax estaba seguro de haberlo visto ya en varias ocasiones. No lejos de él. Revoloteando por la calle bien iluminada. Como si le siguiera.

Se encogió de hombros. Era ridículo, claro. Los murciélagos no siguen a nadie. Ni son de temer tampoco. Hud Colfax siguió adelante.

Se detuvo frente a la casa. Había vuelto. Era como una obsesión.

Sólo veinticuatro horas... y había vuelto. Como la noche anterior, luces en ventanas y porche. Calma en torno. Silencio también.

Estudió el lugar. Tío Bela, el joven Drako... Extraños parientes. Nunca oyó hablar de ellos antes. Y su amistad con Drako había sido considerable. Sí, raras cosas las que sucedían...

Dio un manotazo al aire. Otra vez aquel alado ser de la noche, el murciélago de marras. Le pareció ver unos ojos fosforescentes en su rostro. Meneó la cabeza, escéptico.

—¡Bah! —masculló—. No tienen esos ojos. Son ciegos...

Avanzó hacia la casa. Le gustaría espiar, examinar a aquella gente. Después de todo, él se había creído siempre en la impunidad, pero acaso Drako no había confiado en él tanto como fingiera, aunque luego la ejecución le sorprendió indefenso. Drako Vultan había sido siempre tan inteligente...

Para algo era el hombre-clave del *Plan Killerman*. Por eso había sido ejecutado. Por eso y por otra razón fundamental para los que les pagaron un millón por la traición criminal...

¿Y si Drako, antes del día de la ejecución, comunicó de algún modo con sus parientes respecto a él? Le había parecido ver una mirada rara en los ojos de aquel tío Bela húngaro, cuando dijo llamarse Colfax...

Ya estaba en la valla. La salvó, sigiloso. Avanzó, agazapado, por el jardín, hasta cerca del muro. Una vez allí, deslizóse hasta una ventana iluminada. Asomó a ella. Miró, sorprendido, al interior.

No entendió lo que veía. En el centro de la sala, como un túmulo, una caja plástica, de vidrio transparente, con conexiones. Parecía una cápsula para hibernación, pensó. Encima, un espejo refractor de energía atómica. Para recargar alguna pila, o cosa parecida, pensó.

Unos cortinajes negros aparecían recogidos a ambos lados de la ventana. La puerta también mostraba un cortinaje oscuro, corrido. Cuando todo eso se deslizara, dentro se formaría una oscuridad absoluta, tras apagar las luces. Como en una cámara funeraria...

—Extraño —jadeó—. Todo muy extraño...

Miró tras de sí, aprensivo. Le había parecido sentir de nuevo la vecindad del recalcitrante murciélago. Pero el batir no era de alas, sino de arbustos movidos por una suave y húmeda brisa.

Colfax sacudió la cabeza. Probó la ventana. Era de guillotina. Y cedía fácilmente... La alzó, asegurándola. Pasó, sigiloso, al interior.

Miró en torno. Sufrió una convulsión. Allí, en una percha..., ¡el uniforme espacial de Drako!

—Ese uniforme... —jadeó—. Lo llevó él cuando... cuando fue lanzado al espacio...

Esta vez sí hubo un aleteo siniestro a su espalda. Se volvió vivamente. El murciélago entraba, planeando. Batió alas ante él. Luego, se posó junto al recipiente de vidrio. Asustado, Colfax buscó su arma, su pistola de dardos eléctricos, mortal de necesidad.

—¡Te mataré, maldito bicho! —amenazó, con ira, alterados sus nervios.

El murciélago clavaba en él unos raros ojos redondos, fosforescentes. Colfax había extraído su arma, como aquel día ante Drako... Pero cuando iba a disparar, se inmovilizó. Quedóse rígido, la vista clavada ante sí, la expresión torpe. La mano crispada bajó, con el arma en ella.

Ante él, repentinamente hecho estatua, aleteó el murciélago, sin dejar de mirarle. Se fue agrandando, agrandando inverosímilmente...

Cuando dejó de crecer, un hombre altísimo, de pelo oscuro, de faz pálida, de ojos profundos y fijos, fosforescentes sus pupilas, permanecía ante él, inmóvil. A ambos lados flotaba, como unas alas plegadas de ave enorme, una capa de negra seda aterciopelada, suave...

Colfax lanzó un alarido terrible, impresionante. Lívido, retrocedió, sacudido por violentos espasmos de horror.

—¡No, no! —sollozó—. ¡Drako! ¡Eres tú, Drako Vultan, resucitado!

Y, furioso, frenético, exasperado, comenzó a hacer funcionar su arma. Uno tras otro, dardos eléctricos silbaron, sigilosos, mortíferos, hacia el negro cuerpo del hombre-vampiro.

Segundo Libro

HOMBRE Y VAMPIRO

Capítulo



El coronel Ross Haxman, jefe de los Servicios de Coordinación del Espacio, contempló fijamente a su visitante.

—Hable, Goldok. ¿Ha descubierto algo especial?

—Pues... sí, señor. Me resulta doloroso hablarle de ello, pero... mi deber estriba en decir siempre la verdad. Caiga quien caiga.

—Exacto, Goldok —afirmó el coronel Haxman, el mismo hombre que envió a los espacios el cuerpo sin vida de Drako Vultan, el astronauta asesinado—. Usted sabe el interés del Presidente en saber quién mató a Vultan y por qué. Y el de todos nosotros, incluido el general Cordell, de Estado Mayor, que teme por la seguridad del *Proyecto Killerman*. Hable, se lo ruego. Sea lo que sea...

—Se trata de... de mi prometida, señor.

—¿Su prometida? ¿Se refiere a la hija de Lord Grath?

—La misma, señor.

—Tenía entendido que aplazaron ustedes su enlace...

—Lo aplazó ella. Indefinidamente. No desea casarse conmigo. Respeté su deseo. Pero no vengo a hablarle de mis problemas sentimentales, señor, sino de algo infinitamente más grave.

—Adelanté. Le escucho.

—He descubierto una traición, señor.

—¿Traición? —le miró, aturdido, sin dar crédito a lo que oía—. Pero, ¿qué dice, Goldok? ¿A qué traición se refiere?

—A la de mi prometida, según parece.

—¿Está seguro de lo que dice? Eso es muy grave, amigo mío, usted lo sabe...

—¿Y me lo dice a mí, señor? Yo amo a esa muchacha. Sufro con su

desprecio. Y ahora, incluso, debo... debo denunciarla ante usted, señor.

—Pero tendrá algún motivo, alguna evidencia formal de que semejante acusación es cierta...

—Lo tengo, señor. Usted sabe que, al hacerme cargo de esta misión, y temiendo que me sucediera como a Drako Vultan, fui provisto de un micro detector mental de ondas hipnóticas, telepáticas o de cualquier orden dirigido al cerebro directamente, para obtener secretos de alta importancia.

—Cierto, Goldok. Siga. ¿Qué ha captado su micro detector?

—Está alojado aquí, tras la intervención quirúrgica correspondiente —se tocó tras la oreja derecha—. Ha transmitido información a mi grabador magnético de microondas mentales.

—¿Y...?

—Positivo, señor. Ella obtuvo información mía. De la no bloqueada, naturalmente. Todo el alto secreto, conservado en bloqueo mental, no fue obtenido, pero sí el resto. La trampa funcionó.

—¿Y fue ella quien...?

—Sí, señor. A ella le transmití la información. Es evidente que me despreció cuando se dio cuenta de que me había sonsacado todo lo posible. De no haber sido eficaz mi bloqueo, ahora sabría ella todos los detalles referentes al *Proyecto Killerman*...

—Una mujer... y precisamente la hija de Lord Grath —meneó la cabeza el coronel Haxman, perplejo—. No acabo de entenderlo, Goldok, pero me basta su informe. Será investigado todo debidamente. Y ella vigilada, para ver con quién se reúne en fechas inmediatas...

—Bien —respiró hondo Goldok—. He cumplido con mi penoso deber, señor. Le ruego me disculpe ahora y permita que me retire.

—Desde luego, amigo mío. Le comprendo muy bien. Puede irse.

Sasdy Goldok, con expresión abatida, saludó y abandonó la oficina. Una vez a solas, el coronel Haxman meneó la cabeza, asombrado.

—La verdad, no entiendo... —masculló—. Leilah Grath... ¿Por qué?

Se inclinó, con un suspiro, y se dispuso a comunicar por vía interior con los hombres de su departamento.

* * *

Los dardos de muerte chocaron inofensivos con el cuerpo enlutado de Vampyr. Cayeron al suelo, entre un chisporroteo, sin afectarle lo más mínimo, sin hincarse en su cuerpo.

Eso acabó de descomponer a Colfax, que, lleno de horror, de angustia, de auténtico pánico ante la visión de ultratumba, retrocedió, derribando unos muebles, enredándose en una cortina. Trató de ir hacia la ventana y huir.

Vampyr lo evitó, cruzándose en su camino, cerrando el paso. Se agitó su capa negra, con un suave crujido, como de aleteo fugaz. Lívido, descompuesto, Colfax reculó, tropezando de nuevo, perdiendo su arma, cayendo de rodillas.

—¿Qué... qué significa...? —masculló, lloroso—. No puedes ser Drako... Él está muerto... Yo lo maté...

—Sí, Colfax, tú me mataste... —acusó fríamente Vampyr—. ¿Por qué?

—¡No, tú no puedes ser él! ¡Los muertos no resucitan!

—Yo soy un *no muerto*, Colfax... Un vampiro...

—Cielos, no... ¡Los vampiros no existen!

—Existo yo. Y soy Vampyr, el hombre-vampiro. Fui en vida Drako Vultan, hasta que tú me disparaste tu dardo de muerte. Asesino, ¿recuerdas? Fue ante la galería, mientras hablábamos amistosa, confiadamente...

—No, nadie puede saber...

—Nadie excepto yo —rio, agudamente, Drako-Vampyr—. Yo, que fui muerto por ti, traidor... Di por qué, Colfax. Di por qué, y te salvarás... Di quién te ordenó matarme. Por qué tuviste que matar a tu mejor amigo...

—Me... me obligaron... Tenían un secreto mío... —gimió Colfax, lívido—. Me coaccionaron... Si cumplía, recibiría un millón...

—Y te pagaron. Pagaron tu crimen ¿Por qué, Colfax? ¿Qué interés tienen ellos en eso? ¿Quién lo hizo, Colfax?

—Ellos... Ellos, los... los asesinos...

—¿Qué asesinos?

—Los miembros... de la *Organización Mundial del Asesinato*... Fatty, un gordo criminal es su jefe... —lloriqueó cobardemente Colfax—. Perdón... Perdón, Drako, o quienquiera que tú seas. Fue un error..., una infamia... Perdón...

—Tienes que saber por qué pagaron un millón por mi muerte. ¿Qué motivo existía para que Drako Vultan estorbase? ¿Qué significaba en los planes de alguien la vida de Drako? ¡Habla, traidor, asesino!

—No, no sé... ¡Juro que no lo sé! —sollozó, exasperado, Colfax—. No lo sé, pero oí algo relativo a... al *Proyecto Killerman*...

—*Killerman*... —Los ojos centelleantes, hipnóticos, de Vampyr se entornaron. Pudieron captar mentalmente que Colfax decía verdad. No sabía más—. Sí, entiendo. Entiendo algo... Pero no todo, Colfax, cobarde y vil traidor... Ahora vete. ¡Vete en diez segundos... o Vampyr te dará alcance para destruirte!

Y con un violento aleteo de su capa ante él, Vampyr se alteró, cambió, mutándose en un ave gigantesca que, rápidamente, se hizo del tamaño normal de un murciélago, y chillando y aleteando contra el rostro sudoroso, descompuesto, del asesino Colfax, obligó a éste, entre alaridos de pavor, a salir por la ventana, cayendo al jardín, trompicando, con un tobillo torcido, para finalmente lanzarse sobre la puerta de la verja y cruzarla despavorido como alma perseguida por el diablo. De su boca escapaban gritos agudos, estremecidos, que se extendían por la calle silenciosa, despertando ecos en las fachadas de cercanos edificios:

—¡Piedad, piedad! ¡No me persigas! ¡Miren, miren todos! ¡Es él! ¡El murciélago, el vampiro! ¡Es el vampiro que me acosa y me persigue hasta la tumba! ¡Vedle volar! ¡No es un murciélago aunque lo parezca, no! ¡Es un vampiro!

Los ejecutores de Fatty le vieron algunas calles más abajo, desde su emplazamiento, el que ocupaban discretamente siguiendo siempre a Colfax, conforme a las órdenes recibidas del gordo jefe.

Se miraron entre sí. Eran tres: Mohk, Bartok y Dorian.

—¿Está chiflado el tipo? —masculló uno.

—Habla no sé qué de murciélagos y vampiros —rezongó otro.

—¡Mirad, y es cierto! —señaló Dorian—. ¡Le persigue uno de esos bichos alados!

El murciélago aleteaba en pos de Colfax. Este chillaba, frenético:

—¡No tuve la culpa de nada! ¡Yo sólo obedecí a otros! ¡Me pagaron por matar a Drako! ¡Yo hice lo que Fatty y la *Organización* me ordenaron! ¡No, maldito vampiro, no me acosas más! ¡Piedad, piedad de mí, Vampyr, Drako o quien seas!

Los ejecutores se miraron. Bartok era su jefe. Suspiró.

—Habla demasiado —dijo—. Como temía el patrón. Debe estar loco o borracho. Lo está diciendo todo.

—¿Qué hacemos, entonces? —quiso saber Mohk.

—Cumplir órdenes —le respondió Bartok—. Hay que matarlo.

Salieron a la acera. Colfax venía, despavorido, hacia ellos. Tras él revoloteaba el murciélago insistente, siguiéndole en vuelo molesto.

Colfax paró en seco al verles. Vaciló.

—¿Eh, qué...? —jadeó—. Sois... Sois gente de Fatty, ¿verdad?

—Claro —sonrió Bartok—. Somos gente de Fatty, ¿no es cierto, amigos?

—Sí —asintió Mohk—. Buenos amigos, chico. Amigos tuyos, Colfax.

—No, no... —dilató sus ojos, horrorizado—. Ya entiendo... Venís... ¡Venís a liquidarme!

—¿Quién te dijo eso? —rio Dorian, burlón.

—Sois... Sois asesinos. ¡Ejecutores de Fatty! ¡Yo no me he chivado a nadie, no he hablado! ¡Sólo ese vampiro lo sabe! ¡Es a él a quien debéis atacar... y matar, imbéciles!

—Oh, claro, al vampiro —rio Bartok—. Al murciélago. Sabe demasiado, ¿eh?

—¡Estúpidos, hacedme caso! ¡Ese murciélago es él! ¡Es Drako Vultan, que ha resucitado!

Una triple carcajada acogió sus palabras exasperadas. Lívido, Colfax contempló el desganado, inexorable vuelo del murciélago, alto sobre su cabeza, como esperando lo que sucediera. Lo señaló, enfático, furioso.

—¡Destruídlo... o él nos destruirá a todos! —rugió—. ¡Es el hombre-vampiro, imbéciles!

—Tú ya estás destruido, Colfax —dijo Bartok—. Lo siento. Son órdenes...

—¡No, esperad! ¡Escuchadme!...

Extendió sus brazos, aterrorizado. No le escucharon. No esperaron.

Las armas de los asesinos actuaron, silenciosas y contundentes. Cargas letales cayeron sobre Colfax. Estallaron en su cuerpo, despidiendo humo corrosivo. Empezó a tambalearse, a caer, convulso...

—Necios... —jadeó—. Locos... Era él..., el murciélago, quien debía... morir...

Y el asesino cayó de bruces, muerto a manos de otros asesinos tan despiadados como él mismo.

—Diablo con el animalucho —masculló Mohk, molesto, volviéndose hacia el murciélago volador—. Me está empezando a irritar... Probaré mi puntería abatiendo a ese bicho...

Y alzó la mano armada hacia el murciélago.

Este emitió un chirrido agudo. Cayó sobre ellos, aleteando vivamente. Luego, de repente, creció, ante el horror incrédulo de los tres asesinos.

Creció, y las alas se hicieron capa, y el cuerpo peludo y negro se hizo alto, fuerte, humano... Un rostro pálido, como de cera, de ojos llameantes, flotó en la noche, ante los aterrados ejecutores del hampa.

—¿Eh? —aulló Bartok—. ¿Qué significa...?

—¡El vampiro! —rugió Dorian, señalándolo, angustiado—. ¡Lo que dijo Colfax!

—Asesinos —acusó glacialmente la voz de Vampyr—. Morid como merecéis...

Intentaron defenderse, luchar. Todo fue inútil. El poder hipnótico de aquellos ojos les dejó encogidos, como petrificados. Tardaron en utilizar el arma. Y cuando lo quisieron hacer, Vampyr cayó sobre ellos...

Hubo un doble grito de horror... Dos cuerpos saltaron, convulsos, bajo la presión de unas manos pálidas y largas, increíblemente fuertes...

Pese a sus armas, los dos pistoleros cayeron de bruces, revolcándose en el asfalto urbano. Eran Mohk y Bartok. En sus cuellos, una larga huella sangrienta, donde los dedos de Vampyr habían dejado el trazo de sus uñas mortales... Uñas de puro acero, garfios desgarradores, que aniquilaron a dos asesinos, armados, con la misma facilidad con que lo hizo en la alcoba de Leilah con un simple insecto mutante.

Dorian, horrorizado, tiró su arma, echó a correr, despavorido, en la noche luminosa de la ciudad desierta, en reposo.

Tras él, el hombre-vampiro se hizo ave nuevamente. Y aleteó, negro y fantástico, volando muy alto, lejos del alcance del fugitivo Dorian y de su mirada.

El pistolero de Fatty jamás había sentido tanto horror, tanto pánico como en estos momentos en que, despavorido, corría y corría, en busca de algún lugar donde refugiarse...

* * *

Sombrío, Fatty colgó el visófono y se quedó mirando glacialmente a su interlocutor.

—Bien... —dijo, secamente—. Parece que tienes razón, enano. Era uno de mis hombres el que llamaba. Un superviviente de un grupo de tres. Han matado a Colfax por hablar demasiado. El tipo parecía aterrorizado, jurando que le perseguía un murciélago o un vampiro. Luego, mis hombres comprobaron que era cierto. Intentaron herir al murciélago. Este, según Dorian, que no sé aún si está demente o en su sano juicio, se transformó en un hombre con capa negra que mató con

suma sencillez a dos de mis hombres. El escapó, sin ver más. Jura y perjura que es cierto lo que me dice.

—Te lo avisé —sonrió Zine, irónico—. Esa es la prueba, Fatty.

—Al diablo con todo —se enfureció el gordo criminal—. ¡Tres millones sigue siendo mucho dinero!

—Bien. Entonces, no me los des. Déjame ir o asesíname, y no encontrarás la forma de terminar con esa amenaza que te ha salido delante.

—¿Qué diablos puedes saber tú de todo eso?

—Más, quizá, de lo que imaginas. Fui el primero en saber algo del hombre-vampiro.

—¿De modo que... existe?

—Ya lo has visto. Perseguía a Colfax, y lo enloqueció. Acabó con dos de tus pistoleros. Y ahora ya sabe mucho más de lo que sabía. Sabe a quién buscar en su siguiente paso. A ti, Fatty.

—¡No me asusta! —pero el gordo rostro estaba sudoroso, inquieto—. Yo no soy fácil de vencer.

—¿Qué puedes hacer tú frente a un *no muerto*?

—¿Un... qué? —farfulló Fatty.

—No lo entenderías. Es algo que está más allá de tu mundo. Yo sé cómo combatirlo, yo sé su exacta naturaleza... Te conviene pactar. Y el precio es... de tres millones.

—Conforme —rezongó Fatty, al fin—. Tres millones.

Le tendió una tarjeta de crédito para Banco Electrónico. Con ojos centelleantes de codicia, la guardó Zine en sus ropas. Luego, habló:

—Escucha, Fatty. Drako Vultan ha vuelto. Ese es el hombre-vampiro, aunque no lo creas.

—Pero..., ¿quién pudo...?

—Yo sé quién. Es suficiente, ¿no?

—Aún no lo sé. Además, habrá que vencer al vampiro... ¿Quién puede vencer a un vampiro?

—Tal vez tú y yo unidos —rio Zine—. Tal vez, Fatty...

* * *

—¿Qué es lo que ha dicho, coronel Haxman?

—Lo lamento mucho, Lord Grath. Mi visita no es de cumplido ni amistosa, ya se lo dije. Es un duro deber el que me trae a su casa.

—Pero... Pero usted ha dicho... que mi hija...

—Sí, Lord Grath. Su hija. Se trata de ella. Debo arrestarla.

—¡Arrestarla! Sin duda se trata de algún error incomprensible, coronel...

—Ojalá fuese así. Desgraciadamente, nuestros equipos detectores de actividades mentales han confirmado una denuncia contra su hija por actividades de espionaje psicomental.

—Espionaje psicomental... —Lord Grath sacudió la cabeza, aturdido—. Cada vez lo entiendo menos. En todo esto, forzosamente, ha de existir un malentendido...

—Si existe realmente, la Comisión Investigadora lo comprobará prestamente. Pero mucho me temo que, a la vista de los datos computados minuciosamente..., no quepa margen alguno al error.

—Pero, coronel, ¿cuál es, exactamente, el cargo imputado a mi hija? Creo que podré saberlo, a fin de cuentas...

—Claro que puede saberlo —suspiró el militar—. Están en su derecho usted y su hija de saber por qué se produce este arresto. Y le advierto, a la vez, de modo formal, que el caso es muy grave y puede reportar consecuencias muy serias a la señorita Grath, de confirmarse, como temo, su responsabilidad criminal.

—Acabemos, coronel —exigió, rápido, el aristócrata inglés—. ¿Cuál es la acusación?

—Espionaje mental, realizado por hipnosis en la persona de su prometido, Sasdy Goldok, agente especial del Gobierno para actividades de Seguridad Civil.

—¿Qué? —boqueó Lord Grath, atónito.

—Debo advertirle, por otro lado, que el acusador formal de su hija es el propio Sasdy Goldok, que descubrió la actividad hipnótica de su hija.

—Eso es mentira, coronel.

Ambos se volvieron, con sobresalto. Leilah, arrogante, altiva, avanzaba hacia ellos, con expresión combativa, con ojos que fulguraban, fríos y agresivos. Su belleza serena adquiriría en ese momento una nueva dimensión que ambos hombres parecían ignorar.

—Hija, yo traté ya de explicar al coronel que hay un error, sin duda, y que... —trató de explicar Lord Grath.

—Papá, no trates de explicar nada —cortó ella, acerada la voz. Miró con serena arrogancia al militar—. Coronel, espero que usted y Sasdy Goldok se den perfecta cuenta del perjuicio que puede representarles

esta acusación, si se prueba errónea.

—He sopesado muy bien los pro y los contra antes de entrar en acción, señorita. Soy el primero en lamentarlo, pero...

—No lamente nada, coronel..., todavía —le replicó Leilah, seca—. Ni tampoco su agente, Sasdy Goldok. Su falta de fe es lo que más me decepciona. Poco puede ser el auténtico amor que profesa un hombre a una mujer para obrar así, coronel.

—El deber de un patriota, de un ciudadano honrado, está por encima de todo sentimiento personal, señorita.

—No me refería a eso, coronel Haxman, sino al hecho de dudar de mi honradez en este caso. Debieron investigar más a fondo, para confirmar si hay tal actividad psicomental en mí. Y de haberla, por qué la hay...

—¿Qué quiere decir con eso, señorita Grath? —se sorprendió el militar.

—Nada. Vamos adonde usted ordene, coronel. Pero el incidente no termina aquí..., sino que empieza. Al menos sé lo que puede esperarme con un hombre como Goldok, por mucho que me ame. No censuraré jamás su patriotismo y honestidad, que apruebo, sino su falta de fe en mí. Estoy segura de que un hombre llamado Drako Vultan no hubiese obrado nunca así.

—Drako Vultan está muerto —le recordó el coronel—. Trate de olvidarlo, y será mejor.

—No puedo. Para mí sigue vivo. Hubo una noche, coronel, en que creí tenerlo más cerca que nunca. No sé aún por qué..., pero algo me dice que debo seguir pensando en él. Yo sé tener fe, señor.

—La fe en un hombre muerto no conduce a nada, Debe cuidarse. Acaso su pretendido espionaje psicomental sea sólo una muestra de neurosis o paranoia inicial y...

—Si pretende salvarme de un proceso por espionaje a través de una burda excusa psiquiátrica, le diré que pierde el tiempo, coronel. Estoy dispuesta a afrontar todas mis responsabilidades con entera firmeza. Vamos ya.

—Hija... —gimió Lord Grath, abatido.

—Lo siento, papá —le sonrió, con cierta frialdad, su hija—. No creo que puedas casarme ya con nadie... que tenga suficiente dinero para levantar nuestros blasones.

Y dejando estupefacto a su padre con ese comentario, se alejó, junto al coronel Haxman, sin añadir palabra.

Capítulo

II

Dorian, el asesino, gimoteó, ante la mirada furibunda de Fatty:

—Lo... Lo siento, patrón... No pude hacer nada. Aquello era una furia helada, como salida de la tumba... Un rostro lívido como una máscara, un cuerpo enlutado, una capa o unas alas, no puedo estar bien seguro de eso... Algo terrible, la verdad... Mohk y Bartok le duraron dos segundos escasos...

—¡Un hombre-vampiro! —masculló Fatty—. ¿Le viste succionar sangre a tus camaradas?

—No, eso no... Ni siquiera tenía... colmillos... —agitó la cabeza—. ¡Pero era un vampiro, lo juro!

—De eso, desgraciadamente, sí estoy seguro, Dorian, imbécil —refunfuñó Fatty, mirando en torno, con desconfianza, en el gran taller y almacén que era, a la vez, hangar de avionetas electrónicas, aérocoches y otros vehículos útiles a la *Organización*. Las zonas de sombra, más allá de las verticales y colgadas luces azules y crudas del local, parecían inquietarle, sin saber la razón—. Ha ocurrido algo raro, pero no sobrenatural. Es todo científico, ¿entiendes? Puramente científico. Y lo venceremos. ¡Vaya si lo venceremos!

—¿Científico? —gimió Dorian—. Nunca conocí una ciencia que convirtiera a un murciélago en hombre...

—¿Qué sabrás tú, maldito ignorante? Anda, vete, antes de que se me ocurra coserte a tiros por imbécil. Estoy harto de todos vosotros, hatajo de inútiles...

Dorian se apresuró a partir. Fatty se quedó solo en la amplia sala, entre sus rápidos, ligeros y modernos vehículos. Parecía esperar algo. Algo que no tardaría en producirse. Y que se produjo, finalmente.

Hubo un roce en un punto del hangar. Luego, un suave modo de

golpear una puerta metálica en el exterior. Primero un golpe, luego dos, tres después, otra vez uno, tres, dos...

—La señal —masculló Fatty—. Se ve que las cosas se precipitan, maldita sea. No me gusta que el patrón se arriesgue viniendo aquí...

Pulsó un resorte en el muro. Con un suave zumbido, se alzó un cierre metálico. Se hizo luego un silencio. Tres hombres encapuchados de color negro hicieron su irrupción por delante, con armas silenciosas, automáticas, de cargas corrosivas. Cubrieron la entrada, precavidos, ante la fofa y gorda humanidad de Fatty. Luego, tras ellos hizo su entrada en el recinto otro cuarto encapuchado. Este con una prenda por encima, como un capote, color gris plomo. La caperuza era diferente. Ostentaba un círculo dorado, mate, en su frente. El distintivo del jefe.

—Buenas noches, Fatty —saludó, seco—. Tuve que venir. Eso no me gusta.

—¿Por qué, patrón? No era necesario que viniese. Con avisar por los medios habituales...

—No es posible. Hay peligro.

—¿Peligro?

—Sí. Hoy han arrestado a una mujer, la hija de Lord Grath.

—¿Leilah Grath, la que fue novia de Drako Vultan? —se sorprendió el gordo criminal.

—Exacto. No sé lo que sucede, pero la acusan de traición psicomental. No me importa que ella sea acusada, pero..., ¿por qué diablos hizo ella espionaje de ese tipo, si no tiene algo que ver en el *Proyecto Killerman*?

—Señor, creo tener respuesta para eso —dijo humildemente Fatty.

—¿Tú?

—Sí, señor. Y no parece haber ningún peligro para nosotros. Se trata de un hombrecillo deforme, un enano. Pero sabe muchas cosas. Demasiadas, incluso. Fue servidor de un científico centroeuropeo, Bela Gyor. Está desterrado del planeta Tierra por prácticas médicas prohibidas, casi rayanas en la herejía... Se supone que ha vuelto. Con alguien más.

—¿Qué diablos tiene todo eso que ver con Leilah Grath y su espionaje psicomental?

—Ese enano es el autor de tal espionaje.

—¿El? ¿En qué forma? ¿Por qué?

Fatty se lo explicó concisamente, como hiciera con él Lester Zine, el enano.

El encapuchado misterioso, con su cerco de encapuchados armados, le escuchó atento. No le interrumpió una sola vez. Conoció toda la historia que conocía Fatty a través de Zine. Su perplejidad era evidente. Los ojos agudos y fríos se entornaban, tras las rendijas de la máscara, pensativos.

—Un científico... Una teoría revolucionaria... Biología, mutación, cibernética y algo de alquimia... —masculló bajo la caperuza—. ¡Y Drako Vultan vive!

—O no ha muerto, que aunque no es igual, viene a ser parecido. O peor. Porque Drako era un ser humano, con todos sus fallos. Ahora..., ahora ¿qué es?

—Un mutante. Un hombre-vampiro. La sospecha de ese enano parece cierta —confesó el encapuchado, agitadamente—. Sin duda, Bela Gyor logró un éxito aún más avanzado. Un vampiro humanizado al máximo, pero con todos los poderes enigmáticos de un hombre-ave, dotado del don de la mutación biológica... ¡Y todo eso lo hizo con un simple cadáver!

—Zine investiga eso ahora. Creo que el asteroide donde fue desterrado Bela Gyor, va a ser investigado, pero sospecha que no encontrarán a nadie. Tampoco mis pistoleros hallaron a nadie en la antigua casa de Vultan. Estuvieron allí, pero la abandonaron. El sabio y su vampiro, naturalmente.

—Pero necesita renovar esa célula cerebral de que habló el enano —le recordó el encapuchado—. Quizá... Quizá de día, a pleno sol... Hay que atraerlo a una emboscada. Además, es tan fácil ocultarse, espiar siendo..., siendo un murciélago solamente, que... ¡Vosotros, pronto!

Se había revuelto hacia sus hombres armados, que le miraron perplejos. Señaló el techo.

—¡Disparad! ¡Barred todo eso de cargas corrosivas, pronto!

Aturdido, Fatty miró a lo alto, a las sombras del techo. Las armas de los encapuchados entraron en acción con un sonido sibilante, repetido.

No había error en la decisión sorprendente del encapuchado.

Del techo, con un sonido ululante, estremecedor, agudo, se desprendió una figura alada, que batió sus membranosas extremidades sobre ellos, revoloteando vertiginosa, rehuyendo los impactos corrosivos.

—¡El murciélago! —aulló Fatty, angustiado, retrocediendo, con aspavientos ridículos.

—¡No! ¡Drako Vultan, el hombre-vampiro! —rugió el encapuchado,

rabiosamente—. ¡Vamos, matadle! ¡Acabad con él!

Eso parecía más fácil de decir que de hacer. El murciélago golpeó los rostros encapuchados, incluso el del hombre de mayor autoridad, antes de lanzarse sobre una vidriera, y ya en ella, por un instante, crecer, convertirse en Vampyr, el hombre-vampiro... y quebrar estruendosamente los vidrios, lanzándose, con su capa negra al vuelo, hacia el exterior.

Le siguió una rociada de restallantes cargas corrosivas. Ninguna le dio alcance, perdiéndose en la negra noche. Su figura, mutando de nuevo a la de un ave tenebrosa, aleteó, siempre perseguida por los restallidos de las cargas corrosivas, hasta desaparecer.

—Siguió a Dorian, sin duda —jadeó Fatty, lívido, descompuesto—. Nos espiaba... ¿Cómo pudo imaginar que...?

—Necio... Yo tengo cerebro y sé utilizarlo —se enfureció el encapuchado—. Ahora que sé por qué hizo espionaje involuntario esa chica, lo que cuenta es ese hombre, vampiro, ave o lo que sea... Mi orden es tajante, Fatty: ¡Matar al vampiro, sea como sea! Ahora que él no está ya aquí, escucha bien esto. Si realmente él es Drako... amará acaso a Leilah Grath. Por tanto, vamos a hacer algo..., pero mañana de madrugada. Hay que obligarle a que dé el rostro en pleno día, bajo el sol... ¡Es el arma funesta contra todos los vampiros! Incluido, naturalmente, Drako Vultan...

Y el enmascarado misterioso continuó hablando a Fatty, en voz baja, rodeados ambos del cerco protector de los encapuchados armados.

* * *

Lester Zine miró en torno, inquieto.

Estaba asustado. Empezaba a estarlo ahora. Pero aun así, se hallaba decidido a luchar contra quien fuese. Incluso contra los poderes de las tinieblas, que casi presentía cerca de él.

Preparó cuidadosamente el arma, en la soledad de su nueva vivienda, en una zona de la ciudad, lo bastante alejada de la residencia de Lord Grath.

Tenía algo de ancestral. Era el arma idónea para... un vampiro.

Una estaca. Una puntiaguda y afiladísima estaca.

Sólo que no estaba hecha de madera tosca, sino de vidrio plastificado, de agudas aristas. Y dentro, Lester Zine le había emplazado el elemento necesario para hacerla eficaz, apenas pudiera hincarla en el

pecho del vampiro Drako Vultan.

—Esa batería electromagnética se disparará apenas penetre la estaca de vidrio plástico en su pecho —jadeó Zine. Sus ojos brillaron—. Y el arma derramará, en el cuerpo del vampiro artificial creado por Gyor, una energía que anulará en el acto su célula mental, destruyéndola. Será el fin de Drako Vultan... ¡El fin del hombre-vampiro creado por ese viejo demente!

Y alzando en su mano fuerte la centelleante estaca cristalina, la hincó en una superficie de espuma plástica. Penetró con suma facilidad el arma. Al tiempo, se produjo un centelleo súbito, cegador. La descarga se había producido en el momento justo de la penetración.

Satisfecho, el enano se echó atrás, extrayendo del lugar utilizado el arma temible. Toda la espuma aparecía abrasada.

—Bien... —musitó entre dientes—. Lo he logrado. Funcionará. Ahora renovaré la carga electrónica, y estaré a punto para terminar con Vultan. Sólo falta localizarle, retarle de alguna forma... y ese imbécil amedrentado de Fatty, me proporcionará más dinero.

El enano soltó una carcajada, aunque en el acto miró, preocupado, a las zonas de sombras de su laboratorio, como si en cualquier punto oscuro pudiera hallarse el temido cuerpo negro de un murciélago capaz de transformarse en hombre-vampiro.

* * *

—¿Lester Zine? ¿Quién es, profesor?

—Un enano maldito y vil. Lo tuve de ayudante hace años —masculló Bela Gyor—. Tiene que ser él ese Zine de quien hablaban. Por eso sabe que existe un vampiro, Es astuto y sagaz el endemoniado. Y malvado como pocos. Me denunció él, siempre estuve seguro.

—¿Es peligroso ahora?

—Puede serlo siempre, y más si se ha unido a Fatty y su organización criminal. La existencia de un nuevo Vultan les va a resultar muy incómoda, e intentarán deshacerse de ti. Zine pudo orientarles fácilmente. El conocía mis experimentos.

—Ahora es Leilah quien me preocupa —Drako, en su apariencia fantástica de Vampyr, caminó hasta un asiento de su nueva vivienda, donde se acomodó lentamente, la mirada perdida en el vacío.

—¿Leilah? ¿La hija de Lord Grath?

—Sí. Ellos hablaron de que está arrestada. La acusan de traición, de

espionaje y cosas así. Eso no es posible...

—Ella era tu prometida, ¿no? —le recordó Bela Gyor—. ¿Crees que pudo partir de ella la orden de asesinarte?

—No —negó rotundo Vampyr—. Ella no pudo hacerlo. En absoluto.

—Pero si es una espía... Recuerda que tú fuiste asesinado por Colfax porque sabías algo importante sobre el *Proyecto Killerman*.

—No lo he olvidado. Otra persona pagaría a Fatty por disponer ese crimen. No pudo estar mezclada ella. Sé que es inocente. Alguien la manipuló a su antojo. He oído hablar a esos criminales, profesor. El tal Zine sirvió en casa de Grath. Recuerdo que vi a un enano entrar a defender a Leilah cuando ella gritó. Tal vez lo que hacía allí cerca era esperar a que su insecto mutante actuase sobre la muchacha...

—¿Crees que Zine estuviera mezclado en ese asunto de espionaje también? —Gyor dudó, meneando la cabeza—. Me resulta difícil de creer eso. A Zine no le gusta el espionaje... y sí el dinero.

—Dinero —replicó Vampyr—. Por dinero se hace todo en el mundo. Puede ser pagado por alguien. O busca que le paguen bien algún secreto. Pero él, Sasdy Goldok, descubrió el espionaje mental de Leilah, gracias a un control psicocerebral.

—Entiendo. Zine no sólo buscaba enamorar a Leilah de Goldok, sino también conocer los secretos de éste. ¿Es Goldok un espía acaso?

—Yo sé que trabaja para el Gobierno, pero eso es todo. Nunca supe cuál era exactamente su misión.

—Pues quizá esté ahora en ese *Proyecto Killerman* que tú llevabas a cabo antes. Por cierto, Drako, hay algo que aún no te he preguntado y me tiene intrigado. ¿Qué es, exactamente, ese *Proyecto Killerman*, para que ande en danza tanta gente y tanto dinero por culpa suya?

Vampyr miró pensativo a su creador. Y le dijo lo que era el *Proyecto Killerman*.

—Ahora entiendo —musitó el sabio—. Sí, eso vale dinero. Mucho dinero... Puede resultar de ello un mundo mil veces mejor... o mil veces peor, según vayan las cosas.

—Exacto —afirmó Vampyr—. Pero, ¿por qué ordenar mi muerte? Yo no sé nada trascendental sobre la cuestión. Investigaba cierto sabotaje, eso sí, pero sin relación con el *Proyecto*...

—Tal vez sí tenía relación —sugirió Bela Gyor.

—Tal vez —los ojos ardientes de Vampyr centellearon—. Será necesario que reflexione, que trate de recordar...

—Hazlo, Drako. Es necesario que descubras la verdad. Sólo

demostrando que estamos en ese empeño, podrás rehabilitarme ante el mundo que me condenó...

—No tema; profesor —habló gravemente el hombre-vampiro—. Toda mi tarea se dedica a lo mismo; descubrir la causa de mi asesinato, evitar que el *Proyecto Killerman* acabe en desastre... y demostrar a todos que se equivocaron con Bela Gyor.

—Ojalá todo resulte como mereces —dijo el investigador, fervorosamente.

—Permaneciendo aquí no se resolverá nada. Es de noche, profesor... —una sonrisa burlona, malévola, asomó a los labios de Vampyr—. Mi momento ideal... Empiezo a habituarme a esta vida en las sombras de la noche, mitad como pájaro, mitad como hombre..., sin ser ni una cosa ni otra...

Se incorporó. Avanzó, solemne, hacia la ventana. Afuera, la noche era oscura, nubosa y fría. Aleteó su capa. Se transformó.

Momentos después, el vampiro pequeño, el pájaro negro, se perdía en la noche. Vampyr iba en busca de la verdad.

Y tal vez de su propia muerte, sin él saberlo...

La definitiva y total muerte de un vampiro.

* * *

—¡Leilah Grath! —rugió el coronel Ross Haxman, alterado—. ¡Se trata de ella!

—¿Qué sucede, señor? —indagó el capitán Rand, apresurándose a su superior.

—Leilah Grath, la hija de Lord Grath... —informó Haxman, aturdido—. No está en su celda...

—¿Qué? —estalló el capitán Rand, precipitándose hacia las celdas del edificio de Seguridad Militar—. ¡No es posible! ¡Nadie puede salir de aquí!

—Ella lo hizo... —jadeó el jefe militar—. No sé cómo..., pero lo hizo, capitán.

Era cierto. El oficial contempló, atónito, la celda vacía, la ventana enrejada, completamente desgajada por medio de algún corrosivo silencioso y muy activo. Ambos hombres se miraron en un silencio tenso.

—Avisaré en seguida a todas las patrullas —dijo Rand, echando a correr.

—Hágalo. Pero dudo que consigamos nada ya... —se lamentó Haxman, pesimista.

Poco después se entrevistaban él y el capitán Rand, con el general Cordell. Este les escuchó, incrédulo.

—No es posible... —susurró—. Evadida de nuestras celdas...

—Así ha sucedido, señor.

—Una mujer no puede escapar de ahí fácilmente. Ni los hombres lo hicieron jamás.

—Ella lo ha hecho. Sin duda la ayudaron desde fuera. Con un corrosivo que destruyó la reja de la ventana. Aun así, debieron utilizar medios muy poderosos, dada la altura del edificio. Acaso un helicóptero silencioso y...

—De cualquier modo que lo hicieran, coronel, es un golpe muy audaz. Y demuestra algo: Leilah Grath era culpable.

—Tenía mis dudas sobre eso, señor, pese a la denuncia de Goldok —Haxman se mordió el labio inferior—. A la vista de los acontecimientos... no me cabe ya duda alguna.

—Espero que habrán desplegado todos los recursos para recuperar a la prisionera, coronel.

—Absolutamente todos, señor. Pero no me siento optimista.

—No, yo tampoco —arrugó el ceño el general, paseando preocupado por su despacho—. Si ella trabaja para los enemigos del *Proyecto Killerman*..., esto puede terminar en un enorme desastre.

—O tener que ceder a presiones intolerables, señor —señaló Haxman, ceñudo.

—El Gobierno nunca aceptaría una coacción así, coronel.

—Es que, en caso contrario, sería la muerte cierta.

—Sí, maldita sea. Eso es lo peor —masculló el general—. Debo informar a la Cámara de Gobierno inmediatamente. Es posible que se movilice todo en busca de esa mujer. Y en defensa de todo nuestro *Proyecto*, también.

—Ella debió sonsacar datos a Drako Vultan. Luego ordenó su muerte, quizá al darse cuenta de que él podía sospechar de ella —aventuró el capitán Rand, frotándose el mentón—. Luego, también espío los pensamientos de Goldok, su segundo pretendiente, fracasando en el empeño. Peligrosa mujer, señores. Y con su aire de damita dulce y delicada...

—No puede uno fiarse de una mujer jamás —refunfuñó el general—. Haxman, téngame al corriente de todo. Y adopten todas las medidas de

seguridad posibles, tanto en la Base como en la zona del *Proyecto Killerman*.

—Sí, señor —afirmó escuetamente el coronel Haxman. Saludó militarmente y salió de la estancia con el capitán Rand.

Momentos después, la alarma se extendía a todo el país. Leilah Grath era buscada como culpable de espionaje. Debía ser hallada, viva o muerta, a cualquier precio. El Gobierno ofrecía por ella una recompensa de medio millón.

* * *

—Medio millón... —los ojos de Zine brillaron—. Excelente bocado, ¿no, Fatty?

—Deja de lado tu maldita codicia, imbécil —se enfureció el gordinflón—. Leilah no ha escapado. Está cautiva.

—¿Cautiva? —la mirada astuta de Lester Zine se hizo aún más aguda—. Oh, entiendo... Sí, muy listos. Eso no sería cosa tuya, Fatty... Demasiado inteligente para serlo. Leilah es rescatada de la prisión militar, y ahora está en poder de alguien... que la usará como señuelo para atraer hasta sí a... Drako el Vampiro.

—A veces te pasas de listo, maldito seas —se enfureció Fatty, resoplando.

—Me limito a utilizar la lógica. De modo que tus patronos han decidido actuar a su modo. Al ver a un vampiro por medio y saber que es el hombre que amó a Leilah Grath en vida... nada más fácil que emplearla de cebo en una buena trampa. Y sin duda, esa trampa será... de madrugada. Cerca ya el amanecer, claro.

—¿También sabes eso?

—Cielos, Fatty, he leído relatos de vampiros desde niño. Y trabajé para Bela Gyor, un hombre obsesionado con la idea de crear vampiros de laboratorio... Sé de todo eso bastante más que tú. La idea no es nada mala. Si cazan a Drako Vultan de día, no podrá hacer nada. Y no por esa zarandaja legendaria de la luz del sol que descompone a los vampiros. Él depende de una célula mental altamente sensible a las radiaciones solares directas. El exceso de luz natural descargará su célula electrónica... ¡y adiós vampiro! Cuando estalle la célula en su cráneo, no habrá sabio capaz de recomponer a Drako...

—Entonces, ya lo sabes todo. Será esta noche. Esta madrugada. El morirá. Y podremos terminar nuestro trabajo. Por eso te dije que

olvidases la recompensa. No habrá más dinero para ti, a menos que cooperes en el *Proyecto Killerman* con nosotros.

—¿Y el dinero prometido por matar yo al vampiro? —se irritó Zine.

—Olvidalo. Mis jefes lo harán mucho mejor que tú, no lo dudes. Tampoco pienses en ese medio millón que ofrece el Gobierno por Leilah Grath. Si acaso, lo pagarán por su cadáver. Pero de todo eso nos ocuparemos nosotros —se golpeó el pecho, enfático—. Ahora déjame en paz de una vez, maldito enano. Empiezas a resultarme insoportable.

Lester Zine salió de allí refunfuñando entre dientes. Llevaba consigo un largo maletín, como el estuche de un instrumento musical muy especial. En realidad, lo que iba dentro de aquel maletín era una estaca de fibra plástica, con una carga destructiva para el vampiro de Bela Gyor.

Un trabajo perdido. Y un dinero que volaba. Fatty no estaba dispuesto a pagarle más dinero. Si se ponía demasiado exigente, Zine sabía que saldría perdiendo. La organización criminal no vacilaría en eliminarle.

—¿Perdido? —masculló—. Veremos... Es posible que yo encuentre el vampiro antes que vosotros. Y entonces, será el momento de pedir más dinero. Le mataré. Pero diré que sé dónde está oculto y que voy a revelarle la verdad sobre esa trampa si no me envían dinero... Para evitar que me liquiden, les haré creer que hay un documento para el vampiro, en cierto lugar, donde él lo recogerá inevitablemente antes de ir a rescatar a Leilah Grath...

Zine pareció complacido con aquel nuevo plan que iba comentando entre dientes para sí mismo. Sabía que era muy arriesgado por dos lados: la *Organización*... y Drako el Vampiro.

Pero había mucho dinero en juego. Estaba dispuesto a jugar fuerte. Muy fuerte. A cara o cruz.

Capítulo



Otra noche había caído sobre la ciudad.

Todos los medios informativos repetían la misma noticia: La fuga de Leilah Grath. Y la recompensa ofrecida por el Gobierno, a cambio de su evolución... viva o muerta.

Lord Grath era uno de los más directamente interesados en la noticia. La leía y releía, como había escuchado las noticias por televisión sin dar crédito a cuanto sucedía.

—No es posible... —gimió—. No puede ser que mi propia hija... resulte ser una espía, una traidora. Algo extraño, inexplicable, sucede en todo esto...

Pero ello, fuese lo que fuere, no aparecía por parte alguna, ni él podía imaginarlo. De modo que su congoja iba en aumento. Y se preguntaba en qué iba a terminar todo aquello. Al imaginarse a Leilah sin vida, devuelta a cambio de una suma de dinero, su piel se bañó en un sudor frío.

—Tal vez es un castigo —susurró—. Un castigo a mi propia codicia, a mi afán de dinero. Si al menos todo se aclara, si mi hija recupera la libertad, sale con bien de todo... Nunca más seré ambicioso. Juro no apetecer dinero alguno. Será ella libre de sus actos, no la forzaré a algo que le repugne... Mi pobre Leilah...

—¿No es demasiado tarde para lamentarse, Lord Grath?

Un soplo de helada brisa agitó al aristócrata. Este se volvió, con sobresalto, buscando el origen de aquella voz... Se estremeció, aterrado, al ver flotar ante él unos negros pliegues, y entre ellos, la alta figura de un hombre pálido, inquietante, pero que no le era nada desconocido...

—¡Drako! —jadeó—. ¡Drako Vultan!

—Solamente su espectro, Lord Grath —respondió lentamente el

misterioso ser enlutado.

—¿El... espectro? ¡No existen espectros! Es usted... usted mismo, Drako... Pero no es posible, está usted muerto... ¡Muerto!

—Estoy aquí, Lord Grath. Sabía que le encontraría lamentándose de lo que sucede con Leilah. Usted lo provocó todo. Quiso unir a otro hombre rico. Utilizó para ello a un canalla llamado Zine. Y ahí empezó el desastre.

—No... No puede ser... No puede estar ahí... vivo...

—No estoy vivo, Lord Grath. He vuelto, pero no como hombre, sino como ser de las tinieblas a las que pertenezco. Como vampiro...

—¡Vampiro! —se horrorizó el aristócrata.

—Es una larga y fantástica historia que no debe preocuparle, pero he vuelto. Y quiero salvar a la mujer que amé. Usted tiene que ayudarme. Zine sabrá algo de todo esto. Además, hay otras gentes. Enmascarados, gente encapuchada, que actúa en la sombra. Conspiradores contra el *Proyecto Killerman*... Ellos tendrán ahora a Leilah, sin duda alguna. Y me pregunto para qué...

—Sí. ¿Para qué?

—Hay una respuesta sencilla, Lord Grath. Muy sencilla..., teniendo en cuenta que yo fui el hombre que la amó... Alguien más sabe eso. ¿No entiende lo que se ha proyectado?

—Pues... no...

—Lord Grath es muy torpe, Drako Vultan. Yo sí lo entendí. Van a enviarte a una emboscada mortal al amanecer.

Drako contempló fríamente al que aparecía de forma tan inesperada, en tanto Lord Grath daba un respingo de terror ante la aparición súbita del enano de cabeza deforme.

—¡Tú, maldito rufián...! —masculló el aristócrata, furioso.

—Déjele hablar —cortó fríamente Drako—. Es Lester Zine, el antiguo ayudante de Bela Gyor. Un ser abyecto y repulsivo. Pero me interesa lo que dijo. Habla, Zine.

—Escucha, Drako. Te enviarán un mensaje por algún medio. Cerca del amanecer sabrás dónde hallar a Leilah. Será una trampa.

—Lo imaginaba. ¿Tendida por Fatty?

—No. Por el encapuchado.

—¿Quién es el encapuchado?

—No lo sé, Drako. Sólo sé cuánto te dije. Es la verdad.

—No lo dudo, pero ¿por qué la has contado? ¿Por qué viniste a mí?

—Porque quería anticiparme en todo a ellos.

—¿En... todo? —la faz de Vampyr era una máscara hermética y pálida, fantasmal.

—En todo, sí. Vine aquí porque sabía que buscarías a Lord Grath tarde o temprano. Me limité a esperar tu llegada.

—¿Y ahora?

—Ahora..., ¡esto es lo que traje para ti, Drako Vultan, hombre-vampiro!

Y de sus manos, rápidamente, brotó algo. Una especie de gigantesco dardo, un tubo centelleante, de vidrio de afiladas aristas y aún más afilado y punzante extremo. La estaca voló, directa, hacia Vampyr.

Se hincó en su pecho. Hubo un estallido de luces. Un centelleo cegador. Vampyr exhaló un grito ronco, desgarrador. Rodó por la esponjosa alfombra de la estancia. Ante la mirada horrorizada de Lord Grath, su faz se volvió cenicienta, sus ojos se dilataron con el dolor.

Aferró la pieza punzante de vidrio, como lo haría con la tradicional estaca un remoto vampiro sanguinario de la Edad Media. Miró a Zine.

—Traidor... —jadeó.

Luego, cayó de bruces. Se quedó quieto, rígido.

—Es su segunda muerte —dijo triunfante Zine—. Y la definitiva...

* * *

Fatty escuchó sin pestañear a Zine.

—Asqueroso bastardo... —susurró, furibundo—. ¿De modo que ése es tu juego? ¿Pides dinero, o... vas con el cuento a ese sucio vampiro?

—Es mi oferta. Elige, Fatty. Si el plan fracasa por tu culpa, el encapuchado te hará pedazos.

—¿Cómo sabes... que es... el encapuchado? —se asombró el gordinflón asesino.

—Eso te prueba que hablé ya una vez con el vampiro —rio Zine—. Y hablaré otra más, antes de la madrugada, si no activas esto.

—Has pedido demasiado, Zine. Cinco millones es una suma excesiva. No la tengo aquí...

—Pídela. Tus amos son ricos. Pagarán, a cambio del fin de Drako Vultan, que tanto les preocupa —y rio, evocando el fin de Drako, en la residencia de Lord Grath, sólo una hora antes—. Esperaré. Pero no mucho, amigo. Sólo un par de horas. Y recuerda; si me ejecutáis, Drako Vultan leerá mi mensaje antes de ir en busca de Leilah Grath adonde

ellos la tengan preparada.

—Está bien, maldita sanguijuela. Espera aquí...

Fatty habló presuroso con sus jefes y superiores, los que contrataran su organización criminal para eliminar a Drako Vultan. Regresó en seguida, con cara convulsa.

—Se aceptó. Pero están furiosos. Vendrá el propio jefe a pagarte. Dice que te vayas lejos de aquí con tu dinero, o mañana serás hombre muerto, Zine.

—No te preocupes. Me iré muy lejos. Donde nadie me encuentre, después de morir el vampiro...

Y se dispuso a esperar, tranquilamente, los cinco millones solicitados.

* * *

El encapuchado le entregó la suma en billetes de millón, electrónicos, pagaderos al portador en cualquier Banco-Máquina. Los ojos centelleaban tras la caperuza negra.

—Sólo una condición más, enano —sonó ronca la voz del enmascarado.

—¿Sí? —sonrió Zine, cauteloso.

—Vendrás con nosotros adonde está Leilah Grath.

—Ni soñarlo. Yo me marchó ahora mismo.

—No, enano. No te vas. O te liquidamos aquí mismo, con dinero y todo, aunque Drako tenga que enterarse del asunto, y todo vaya al traste —le encañonó con un arma—. Vas a venir, y esperar, justamente hasta una hora antes de la hora que fijaremos para la llegada de Drako el Vampiro. Entonces podrás irte. Y vete de prisa, lo más lejos posible.

—¿Por qué hasta una hora antes? —indagó Zine, incómodo.

—Porque sólo así estaré seguro de que no vuelves a engañar a nadie con tus jugarretas, bribón. ¿Conforme todo?

—Conforme. Pero habrá de ser antes. Hora y media antes, o él recibirá el mensaje —mintió fríamente, para disponer de más tiempo en su evasión.

Si el encapuchado lo pensó también así, no lo reveló. Se limitó a asentir.

—Conforme —dijo—. Noventa minutos. Ni uno solo antes de esa hora.

—¿Qué hora será, exactamente, la prevista para que llegue Drako?

—Las seis. A las seis y veinte minutos saldrá el sol. Es suficiente.

—¿Cómo concertaréis esa cita? ¿De qué modo sabrá él...?

—No es difícil. Tenemos recursos para todo. Leilah Grath va a quedar libre. Enteramente libre.

—¿Cómo?

—Ella creará que ha podido huir. Escapará. Buscará a Drako Vultan.

—Tal vez no lo encuentre nunca. Él es a veces solamente un... un murciélago.

—Lo sé. Pero ese murciélago sí estará buscando a Leilah por todas partes. Y no lejos de la vivienda de su padre ella quedará en libertad, vigilada por nosotros. Si algún agente de policía se le aproxima, será muerto por mis hombres en el acto. Estoy seguro de que ese vampiro, en buena lógica, anda cerca de la vivienda de Lord Grath, en busca de algún rastro de Leilah. La encontrará, seguro.

—¿Y ella... es la trampa?

—Ella es la trampa, sí. Leilah lo ignorará, pero llevará consigo un aparato aplicado a su cráneo... Sumamente sencillo, pero eficaz. Capaz de paralizar a la clase de vampiro que tú has explicado es Drako Vultan ahora. Un ingenio electrónico que inmovilizará un cerebro accionado por células ajenas a las humanas. Drako será un simple pelele entonces. Caeremos sobre él, reduciéndole. Y esperaremos, en un lugar adecuado, el momento de salir el sol que termine de aniquilarle.

—Muy ingenioso —afirmó Zine, que se dijo que también el encapuchado era astuto, puesto que había calculado el lugar idóneo para hallar a Drako; la vivienda de Lord Grath—. Espero que todo resulte bien.

—También yo. De otro modo, por lejos que vayas, Zine... juro que te mataré. Sólo el éxito de mi plan, el fin definitivo de Drako Vultan, me dejará lo bastante satisfecho como para olvidar que me has sacado cinco millones, asqueroso chantajista. Ahora en marcha.

Zine emprendió con ellos la marcha, algo inquieto. Cuando el vampiro no acudiese, cuando más tarde supieran los asesinos que Drako Vultan había sido muerto ya en la vivienda del noble inglés..., ¿qué iba a suceder?

Prefería no pensarlo. Iba a necesitar mucha prisa para huir lo más lejos posible, donde la astucia perversa de aquel misterioso personaje no fuera capaz de detectar su presencia...

Capítulo IV

Leilah no entendía nada de todo aquello.

Miró a Zine, a los encapuchados que la conducían en el vehículo plateado, por las calles desiertas de la urbe.

—¿Qué pretenden ahora conmigo? —gimió—. ¿Van a asesinarme?

—No, señorita —negó uno de los encapuchados—. No haremos tal cosa. De usted dependerá que todo vaya bien y recupere su libertad.

—No ganaré mucho con ella, si vuelven a capturarme los militares —rechazó Leilah—. Soy inocente, pero ahora pensarán lo contrario.

—Sí, eso es evidente —aceptó el encapuchado que parecía tener autoridad sobre todos, siempre hablando en un tono bajo, susurrante—. Pero posiblemente todo eso se arregle pronto... Dicen que hay un vampiro en la ciudad.

—¿Un... vampiro? —ella se estremeció—. He oído hablar de él. Dicen otras cosas horribles, que no pueden ser ciertas...

—Lo son. Es Drako Vultan.

—¡Dios mío, no...! —se tapó el rostro—. Drako murió. No puede ser un vampiro...

—Es una especial clase de vampiro, señorita Grath —explicó el encapuchado—. Al servicio del bien, podríamos decir. Y reactivado artificialmente, como un *cyborg*. Prodigios de la ciencia moderna...

—Es más humano dejar que quien ha muerto repose en paz eternamente —tembló ella.

—El profesor Bela Gyor piensa de modo diferente, es obvio. Él logró el prodigio científico.

—Por favor, no sigan hablando de eso...

Lester Zine tragó saliva. Miró al encapuchado.

—Ya se acerca mi hora, señor —dijo.

—Cierto. Yo siempre cumplo mi palabra —hizo un gesto, deteniendo el vehículo herméticamente cerrado. Abrió la puerta posterior pulsando un resorte—. Vete, Zine. Ya sabes; tienes noventa minutos para ir lo más lejos posible.

—Entendido. Adiós... —dijo Zine, iniciando el descenso de la furgoneta plateada.

No llegó a salir. Cayó atrás, con un alarido, cuando un murciélago batió alas contra él, golpeando su rostro, cegándole y haciéndole tropezar.

Aquel murciélago penetró, en vuelo rasante, dentro del iluminado vehículo de amplia carrocería sin aberturas, salvo la que daba a la cabina del conductor.

Los encapuchados quedáronse todos de una pieza ante su aparición. Hubo una confusión brusca, súbita. El murciélago volvió a la puerta metálica de salida. Allí creció y creció ante el asombro de todos.

Se convirtió en un hombre enlutado, de capa negra flotante. Un rostro pálido y terrible les miró a todos... Su pecho mostraba sangre en una amplia mancha roja.

—¡Drako! —chilló Leilah—. ¡Drako, no es posible! ¡Tú...!

Y rodó inconsciente por el suelo de la furgoneta.

Lester Zine, horrorizado, lívido, reculó ante la visión dantesca.

—No puede ser... —gimió—. ¡No puede ser! ¡Yo te maté, Drako! ¡Yo te maté hace unas horas! ¡Ningún vampiro sobrevive!

—Yo sí, traidor —silabeó Drako Vultan.

Y le lanzó un zarpazo tremendo al cuello. Su mano larga, de afiladas uñas, rasgó la garganta de Zine. El enano, con un estertor, rodó por el suelo en la agonía. Su arteria vital estaba limpiamente cortada.

Luego, Vampyr, o Drako, se enfrentó a los encapuchados que, vencido el momento inicial de desconcierto y horror, cargaban ya sobre él.

* * *

La lucha fue breve y terrible.

Aquella figura parecía realmente tener alas, pese a que ahora sólo lucía una negra capa sedosa. Saltaba elásticamente, en zambullidas increíbles, de lado a lado, dentro del vehículo hermético.

Los encapuchados cayeron uno tras otro, con sus gargantas hendidas

por aquellas uñas de acero cortante. No tenía Vampyr otra arma que sus manos. Y era un arma mortal.

En menos de diez segundos quedaron solos, frente a frente, Drako Vultan y el encapuchado que dirigía toda la acción. Se midieron con ojos centelleantes ambos.

—Al fin... —susurró Drako.

—Solos los dos, frente a frente —masculló la voz del encapuchado—. Extraño destino el nuestro. Encontrarnos más allá de la muerte, Drako...

—No, eso no es cierto. No estoy muerto. Sigo siendo Drako Vultan.

—¿Qué? ¡Yo mismo te vi primero como un murciélago, luego como un vampiro humano...!

—Soy mutante. Es lo único que logró Bela Gyor... de un hombre que estaba vivo aún.

—¿Qué... qué estás diciendo? —jadeó el encapuchado.

—La verdad. En aquel ataúd del espacio no iba un cadáver. Era yo mismo, en hibernación. Todos ignoraban eso. La ciencia de Bela Gyor lo descubrió a tiempo, en plena operación. No me lo dijo hasta esta noche, cuando me creyó muerto a manos de Zine, y yo me rehíce, aunque malherido... Mi cuerpo y mi cerebro seguían vivos en el féretro espacial.

—No puede ser... Colfax te asesinó...

—Colfax disparó sobre mí un dardo eléctrico. Paralizó mis nervios. Entonces recordó Bela Gyor que ésa es una forma de muerte aparente en algunos casos. Puede provocar una especie de catalepsia, de aparente muerte clínica, como en mi caso. Es el defecto de algunas de nuestras modernas armas. Por eso, al quemarse mi célula cerebral, no me afectó en nada. Porque la verdad es que, recuperado lentamente, de la catalepsia, de la parálisis cerebral... esa célula solamente reactivó temporalmente mis células cerebrales y me retornó a la normalidad. Soy otra vez Drako Vultan, lo he sido siempre, pese a tener facultades de mutante, y poder ser, indistintamente, pájaro y hombre. Espero que esa mutación, con el tiempo, vaya desapareciendo paulatinamente, hasta no ser ya posible... Gyor trabajará en eso, cuando esto esté terminado,.. ¡

—¡Pero esto terminará con tu muerte verdadera, Drako! —aulló el encapuchado.

Y su mano disparó sobre Drako una carga explosiva que liberaría un poderoso gas corrosivo que él conocía bien, por haber sido experimentado en las pruebas espaciales.

De nuevo los fantásticos reflejos de Vampyr salvaron la vida de Drako Vultan de una muerte segura, contra la que nada valían sus ropas blindadas ni su poder mutante.

Saltó en el aire como un felino, estiró sus manos elásticas... y una de ellas tomó la cápsula, que rebotó en las uñas de sus dedos. Como proyectada por el choque sobre un muro metálico flexible, la cápsula voló hacia su lanzador.

El encapuchado aulló, con desesperación, al verla venir.

Estalló la cápsula a sus pies, justamente. Reventó contra su cuerpo. En ese momento, Leilah recuperaba el conocimiento y podía asistir a la terrible escena.

Aquella en que un cuerpo humano se disolvía, en medio de un gas corrosivo, envolvente, que lamía sus ropas y tejidos vivos, disolviéndolos, devorándolos...

Angustiado, rabioso, el criminal se despojó de la caperuza. Ante el asombro de Leilah y del propio Drako, el rostro convulso del coronel Ross Haxman, apareció como flotando en el aire, sobre medio cuerpo que sostenían unas piernas corroídas hasta tal punto que, al momento siguiente, ese cuerpo, como un busto monstruoso, rodó por el suelo, terminando lentamente su agonía con una muerte atroz.

—Drako... —gimió Leilah—. Es espantoso...

—Sí, querida —musitó él—. Lo que no es tan espantoso, es lo que me rodea a mí. Nunca llegué a morir, cariño. Algún día lo sabrás... y entenderás todo lo sucedido. Ahora, vámonos de aquí. Hay que volver junto a tu padre, junto a Bela Gyor, que nos esperan. Y todos unidos, revelaremos la verdad a las autoridades militares. A mí me creerán. Y más con las pruebas que iremos hallando contra el coronel Haxman.

—Pero él... ¿Por qué él, Drako?

—Porque él servía a otra potencia. Eso existió siempre. Y el *Proyecto Killerman* era demasiado grande e importante para no despertar ambiciones...

—Nunca supe qué era ese proyecto, Drako —musitó ella.

—Pues... algo muy curioso, Leilah. En uno de mis viajes espaciales obtuve muestras de un oro purísimo, de incalculable valor. Pero ese oro era radiactivo. Con una radiactividad especial, que sólo se manifiesta al cabo de más de un año de almacenamiento...

—No entiendo...

—En otro viaje, Haxman y yo trajimos toneladas y toneladas de ese oro, que está ahora almacenado en una zona secreta de las Fuerzas del

Espacio. Hay que deshacerse de él, o correr el peligro de una contaminación mortal en todo el mundo. Liberándolo, el oro se libera de la radiactividad. Lo dejaríamos en cualquier planeta, esperando su liberación total de toda fuerza radiactiva. Aquí, en la Tierra, en manos criminales, sería un arma letal, aniquiladora, y además, una vez utilizada... haría inmensamente rico al que poseyera ese oro. Pero antes, más de tres cuartas partes del globo terrestre habrían perecido víctimas de tal radiación. ¿Entiendes ahora por qué lo llamamos «Killerman[1]»?

—Sí, Drako. Ahora lo entiendo todo. Riqueza y poder, oro y destrucción. La clave de la humanidad misma...

—Eso es. Ahora podremos deshacernos de todo ese oro, sin que un poderoso país enemigo sea amo de un mundo aniquilado casi en su totalidad, y amo a la vez de todo el oro radiactivo que quería poseer... Yo debí sospechar de Haxman, porque él me sugirió lo que podía suceder, si alguien ávido de riquezas y poder hacía algo para coaccionar a los gobiernos, apoderándose de ese oro... Quizá por eso, cuando luego planeó llevarlo a cabo... resolvió eliminarme.

—Fue milagroso que aparecieses ahora, justamente...

—Soy mutante, Leilah. Dejaré de serlo algún día, paulatinamente, puesto que es lo único que la moderna ciencia logró en mí. Como un murciélago, tras recuperarme de esta herida, que el enano Zine creyó mortal, seguí a ese enano hasta la guarida de la *Organización*, luego hasta la furgoneta, y me aposenté sobre el techo de esa furgoneta, esperando mi ocasión..., que al fin llegó.

—Oh, Drako... Pensar que eres tú... tú mismo... Tuviste fe en mí... como yo la tuve siempre en ti, en tu regreso que parecía imposible...

Final

—Ha sido magnífico —suspiró Bela Gyor—. Pero renunciaré ya a mis experimentos.

—¿Por qué, profesor? —sonrió Drako.

—Porque nunca obtuve un verdadero vampiro de un cuerpo muerto, sino un mutante... de un ser vivo. Eso me enseñará a ser humilde y no creer demasiado en mi genio científico. Sí, Drako. Creo que ha sido magnífico todo..., pero también una gran lección para mí.

—Hemos podido demostrarlo todo. Incluso la inminencia del plan de Haxman para apoderarse del oro asesino... Usted está rehabilitado. Creo que obtuvo de todo esto tanto como realmente esperaba...

—Todo... menos crear a Vampyr.

—Yo lo fui por un tiempo —rio Drako, ya sin su negra capa—. Y ahora, casi no soy ya ni un mutante. Dentro de poco todo eso estará olvidado. Y me parecerá un sueño haber sido, por un tiempo, hombre y ave, ser humano y vampiro...

—El primer vampiro al servicio de la sociedad y de la justicia —señaló Leilah, riendo.

—Y del amor, que también es importante —suspiró finalmente Bela Gyor, con aire complacido—. El primer vampiro que amó hasta volver a ser un hombre nada más... Hermosa moraleja para una historia.

Drako y Leilah se estaban besando.

Lord Grath rio entre dientes.

—Y hermoso final para esa historia —remachó, apacible.

FIN

NOTAS

[1] «Asesino del Hombre», o también «Hombre Asesino».